

BOLSILIBROS
BRUGUERA

 SERIE
**PUNTO
ROJO**

la desaparición del teniente Miller

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

LA DESAPARICION DEL TENIENTE MILLER

Colección PUNTO ROJO n.º 481

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 19.788 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1971

© BURTON HARE - 1971
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.088.— Un feo asunto.

En Colección **PUNTO ROJO:**

475.— Encaje y asesinato.

CAPITULO PRIMERO

El teniente Howard entró en la sala de detectives, saludó con un gruñido a los compañeros que realizaban las tareas de rutina y tomando un vaso de papel parafinado se sirvió agua del refrigerador.

—Hace un calor apestoso —refunfuñó, después de vaciarlo.

Norman, detective de primera clase, apartó un expediente y replicó:

—No más que estos días pasados. Pero te confieso que preferiría largarme a la playa y darme un buen chapuzón.

—Tú lo que quieres de la playa son las mujeres en bikini. Te conocemos de sobra, amigo —rió el teniente.

Norman farfulló algo entre dientes. Luego, de pronto, exclamó:

—¿Sabes de quién me acuerdo al hablar de mujeres en bikini, de playas llenas de sol?

—¿Qué?

El teniente Howard no había comprendido bien y se volvió.

El detective de primera clase rió.

—De Wald Miller. Ese insigne teniente debe estar gozando en grande por esos países del Sur. Menudas vacaciones...

—Si tú fueras soltero, podrías hacer lo mismo cuando te dieran vacaciones. A propósito, ¿cuándo las tomas?

—Dentro de siete días exactamente, cuando regrese Miller. Pero habiendo de cargar con la familia, a todo lo que aspiro es a unos días de paz en el lago Tahoe. Ya hemos reservado una cabaña de alquiler y los chicos andan locos preparándolo todo. Eso me va a costar un aplazamiento de mis planes respecto al coche. No podré cambiarlo hasta dentro de un año como mínimo.

Howard apenas si le escuchaba. Su mente se hallaba ausente esa mañana veraniega, como flotando en el marasmo de calor que se había abatido sobre la ciudad.

Afortunadamente, desde que había entrado de servicio no habían surgido complicaciones. Ni asesinatos ni crímenes que afectaran a su sección.

Un teléfono interior sonó con su ronco acento desagradable. Norman lo descolgó, escuchó y volvió a dejarlo en su sitio.

—El capitán desea verte, Howard —anunció—. Te espera en su despacho.

El teniente suspiró. Aquello podía significar muchas cosas. Desde una bronca a una simple charla.

Recorrió el corto pasillo hasta la oficina del capitán Chadwick, llamó

con los nudillos y entró sin esperar respuesta.

El capitán vestía de uniforme. Un uniforme de corte impecable en el que relucían los entorchados. Eso podía significar que estuviera de buen humor o todo lo contrario.

No tardó en advertir que era todo lo contrario.

—Síntese —gruñó—. Quiero que haga algo por el Departamento.

Edd Howard era gato viejo. Tomó asiento sin despegar los labios, tratando de adivinar de qué lado vendrían los tiros. Pensó rápidamente en sus últimos servicios buscando un posible fallo. No lo encontró y respiró algo más tranquilo.

El capitán encendió un cigarrillo.

—He de acudir a una reunión en la alcaldía —anunció de pronto, con una voz que evidenciaba su disgusto—. Por eso me he embutido en el uniforme. No me gusta.

Tampoco despegó los labios. Los ojillos astutos y calculadores del capitán Chadwick le taladraron durante unos instantes.

Carraspeó. Luego soltó de golpe:

—El teniente Miller ha desaparecido.

Howard dio un respingo.

—¿Miller? —balbució—. Pero está de vacaciones...

—Claro que está de vacaciones. Después de su último servicio, realizado de modo tan brillante, se le concedieron en prioridad sobre los demás. Pero ha desaparecido.

—No lo comprendo, capitán. Si no recuerdo mal, él no termina su permiso hasta dentro de tres días...

—Cuatro. El siguiente turno es para el detective Norman.

—Bueno, cuatro días. Entonces, no cabe decir que ha desaparecido hasta que se extinga todo el permiso de que dispone. Él dijo que pensaba visitar Venezuela. Quería conocer ese país.

El capitán cabeceó.

—Pero desapareció —dijo, de mal humor—. Usted habla español, según consta en su expediente, teniente.

—En efecto.

El corazón del teniente Howard dio un salto. Confusamente, entrevió la posibilidad de un viaje al Sur y apenas se atrevió a albergar semejante esperanza.

—Muy bien, he hablado con la policía de Caracas por teléfono hace apenas unos minutos. No quieren dar estado oficial a esa desaparición hasta comprobar todos los datos de que disponen. Les he dicho que enviaría a uno de mis hombres para que colaborara con ellos. Irá usted ya que habla su idioma.

Edd Howard necesitó de todo su dominio para no expresar claramente el entusiasmo que ese viaje despertaba en él.

—Muy bien, señor —dijo—. Pero en cuanto a la presunta desaparición de Miller, permítame insistir en que lo dudo. Es un policía ducho, hábil y que conoce todos los trucos. Es el hombre más duro de cuantos he conocido. No creo que...

—Desapareció, y si me deja hablar a mí le diré cómo sucedió.

La abrupta interrupción le produjo un escalofrío ante la eventualidad de que el capitán pudiera cambiar de idea en lo tocante a enviarle a Caracas.

—Lo siento —murmuró.

—El teniente Miller se alojaba en el Hotel desde que llegó a la capital de Venezuela. Usted se alojará allí también, con gastos a cargo del Departamento. Por supuesto —se apresuró a añadir—; los gastos le serán escrupulosamente examinados. No quiero que vaya usted a Caracas como si fuera un potentado en viaje turístico.

—Naturalmente que no, señor.

—Bien, volvamos a Miller. Todo lo que sé es que hizo algunas amistades en el hotel, que tuvo algunas aventuras amorosas y que de repente se volvió desconfiado y huraño. Es lo que me han comunicado por teléfono. ¿Entiende?

Howard asintió.

Luego dijo:

—Hábleme de su desaparición; le confieso que todavía no puedo aceptar la idea de que un hombre tan duro como Miller...

—Su equipaje quedó en el hotel —le atajó el capitán Chadwick de mal talante—. Durante dos días nadie le vio. Al cabo de esos dos días el hotel recibió en un sobre el importe aproximado de la estancia de Miller, con una escueta nota cancelando la cuenta y pidiendo que su equipaje fuera guardado hasta que pudiera volver por él.

—Bien, quizá le salió alguna aventura amorosa y quiso aprovecharla...

—¿Dejando en el hotel su libro de cheques de viaje? Todo el dinero que Miller tenía cuando desapareció eran los restos del último cheque cobrado... por valor de quinientos dólares. No podía quedarle mucho, puesto que había cambiado el cheque una semana antes de su desaparición.

—Ya veo.

—Celebro que empiece a considerar la evidencia —gruñó el capitán con evidente sarcasmo—. La administración del hotel creyó oportuno dar cuenta de tan extraño proceder a la policía, sobre todo porque se trataba de un extranjero.

Edd asintió en silencio esta vez. El asunto comenzaba a tomar un cariz distinto.

Su jefe se echó atrás en el sillón y prosiguió:

—Seguridad Nacional entró en funciones y destacó a alguien cuyo

nombre es Madero. Ese hombre es el que habló conmigo por teléfono, y es quien estará esperándole a usted cuando llegue a Venezuela. Según ese Madero, existen evidencias de que Miller cambió radicalmente en los últimos días. Están trabajando ellos en el caso, pero quiero que usted lo haga también. Colabore con Madero en cuanto crea conveniente, pero si por cualquier razón considera indispensable hacerlo con independencia, adelante. Tiene usted carta blanca por nuestra parte.

—Así lo haré. Espero que ese policía, Madero, pueda darme algo con lo que empezar.

—Todos conocíamos a Miller —dijo el capitán entre dientes, con evidente disgusto—. Sentía una desmesurada afición a las faldas. Las mujeres ocupaban un lugar excesivamente importante en su vida. Busque por ese lado... lo que los malditos franceses dicen a este respecto: *chercher la femme*. ¿Entiende?

—Seguro, capitán.

—Ahora, vaya a Archivo y estudie atentamente el último caso en que intervino Miller. Ya una vez un pistolero trató de matarlo en venganza por haber sido el teniente Miller quien destruyó su organización. Tal vez en su último caso alguien esté sediento de venganza. Hay que tener en cuenta todas las posibilidades.

Howard se levantó.

—Así lo haré.

—Y recuerde; quiero informes regulares.

Cuando llegaba a la puerta se detuvo al recordar algo que hasta entonces había estado en su mente solo como una nebulosa idea.

Volviéndose, dijo:

—A propósito, capitán. Tengo entendido que Wald Miller tenía una novia más o menos formal en estos últimos tiempos. Tal vez fuera preferible avisarla también.

—Bueno, me ocuparé de ello. Ahora, vaya a Archivo y luego lárguese.

—Sí, señor. Este... la novia de Miller se llama Vivian Doran...

—¡Lo sé! —gruñó el capitán—. ¿Cree usted que «yo» ignoro las vidas de mis hombres?

Edd salió cerrando suavemente la puerta.

—¡Caracas! —canturreó.

—¿Decía algo, teniente?

Se volvió. Un agente le miraba asombrado.

—Nada, olvídalo. Sólo reflexionaba.

—¿Y lo hacía cantando?

Riendo, regresó a la sala de detectives. Miró a sus compañeros.

Ahora había algo más de movimiento allí. En una mesa, Norman interrogaba a una mujer que había acudido a denunciar algo.

En otra, un tipo con los grilletos puestos en las muñecas respondía a

regañadientes las preguntas destinadas a su filiación.

Casi sintió lástima por sus camaradas ante su rutina diaria.

Fue a su mesa y apiló todos los papeles que había en ella. Luego los metió en un cajón y la dejó tan limpia que incluso Norman advirtió que algo ocurría.

—¿Qué pasa? —indagó, olvidándose por unos momentos de la mujer que tenía sentada ante él—. ¿Te has declarado en huelga o algo así?

—Me largo —anunció.

Su voz llegó a todos los rincones. Incluso el delincuente esposado ladeó la cabeza, mirándole.

—¿Qué quieres decir con eso? —gruñó Norman.

—Eres duro de mollera... Exactamente, quiero decir eso, que me voy por una temporada.

—Bueno, tú estás loco. No terminas el servicio hasta mañana por la mañana a las ocho, así que no me vengas con cuentos. ¿Qué es lo que sucede?

Howard se irguió, sacando el pecho.

—Misión especial, muchachos.

Abrió un cajón y sacó su revólver «Colt-Cobra» de cañón corto, que introdujo en la funda que llevaba sujeta al cinturón, sobre su lado izquierdo.

Norman se levantó, cerrándole el paso.

—No me digas que el capitán te dio permiso.

—¿Permiso? —se rió—. Un viajecito. Un largo viajecito, muchacho. A Caracas, ni más ni menos.

Salió rápidamente. Cuando Norman se recobró de su estupor ya había desaparecido, y eso le impidió escuchar los jugosos comentarios de sus compañeros.

CAPITULO II

El avión describió un gran círculo sobre el aeropuerto de Maiquetía, situado en las inmediaciones de La Guaira, donde las grandes montañas descienden suavemente al mar como si quisieran bañarse en sus profundas y azules aguas.

Cuando al fin tomó tierra, Edd Howard pudo ver por la ventanilla los impresionantes edificios del aeropuerto internacional, mucho más espectacular que el destinado a los vuelos interiores.

Los pasajeros fueron conducidos en un grupo hacia las oficinas y aduanas. Pudo ver a varios miembros de la Guardia Nacional, armados de metralletas, patrullando aquí y allá con rostros de pocos amigos.

Entregó sus documentos. El agente leyó atentamente todo lo que le interesó. Cuando hubo terminado se volvió y esbozó una seña a un hombre que permanecía sentado al fondo de la oficina.

El hombre se levantó con movimientos lentos y seguros. Era alto, delgado, de rostro muy moreno y ojos fulgurantes de un negro intenso. Su cabello espeso lo llevaba peinado hacia atrás y tenía reflejos tan negros como sus ojos.

Edd le vio avanzar y se puso en guardia. Había oído hablar mucho de los trámites policiales de los países del Sur, azotados por el guerrillerismo.

El hombre moreno se detuvo y preguntó con un inglés perfecto:

—¿Teniente Howard, de San Francisco?

—Sí...

—Me llamo Madero. Recibí el telegrama anunciándome su llegada.

Edd respiró, aliviado.

—Eso me tranquiliza. Creí que había dificultades con mis documentos.

—En absoluto. Estaba esperándole. Tengo un coche fuera. ¿Lleva mucho equipaje?

—Un par de maletas pequeñas.

—El mozo las traerá.

Habló brevemente con el agente sentado ante la mesa y éste asintió. Edd siguió a Madero hasta el exterior del aeropuerto, donde un «Cadillac» cerrado, con un par de años auestas, esperaba con un policía de uniforme sentado ante el volante.

—Le reservé habitación en el Hotel Nacional —dijo Madero—. Le

llevaré allí ahora y podremos cambiar impresiones entretanto.

—Me parece muy bien. Oiga, puede hablar español si lo prefiere.

Madero sonrió, pero siguió expresándose en inglés. Edd se preguntó dónde lo habría aprendido con tanta perfección.

Un mozo acudió cargado con las dos maletas y las metió en el portaequipajes, que el agente de uniforme cerró después.

El coche se puso en movimiento y unos minutos más tarde entraban en la autopista de Caracas. Sintió un escalofrío ante los impresionantes precipicios que se abrían a los lados, y la velocidad estremecedora del coche, que el chófer manejaba casi con descuido.

—Un paisaje sobrecogedor —comentó.

—No olvide que Caracas está a una altitud de mil metros, mi amigo.

Edd decidió entrar en materia sin más rodeos.

—¿Ha habido alguna novedad en el caso, desde que habló usted con el capitán Chadwick?

—Ninguna, excepto detalles sin demasiada importancia. Uno de ellos se refiere a un individuo que preguntó por el teniente Miller en el hotel, tres días antes de que éste desapareciera.

—¿Saben quién fue?

—No; solo que era yanqui. Pero fue a raíz de ese día que su compañero empezó a mostrarse huraño, esquivo, como si estuviera muy preocupado.

—Miller no se preocupaba por nada —rezongó Edd entre dientes, mirando más allá del parabrisas, a los coches que aparecían y quedaban atrás rebasados por la endiablada velocidad del suyo—. Era el tipo más duro de cuantos conocí jamás.

—Bueno, usted mismo podrá comprobar todo eso con el personal del hotel, con las mujeres que frecuentó o que trataron con él en el propio hotel. Por nuestra parte las hemos interrogado ya, pero no habrá inconveniente en que lo haga usted si lo cree oportuno.

—Lo haré. ¿Revisaron su equipaje?

—No había nada interesante. Podrá comprobarlo también.

—¿Cómo llegó el sobre al hotel?

—¿Qué sobre?

—El que contenía el dinero con que cancelar su cuenta.

—¡Oh, ya veo...! Por correo normal.

Edd carraspeó.

—¿Pagó en dólares?

—Dólares americanos, por supuesto.

—Imposible seguirles la pista, imagino.

—Al contrario, fue extremadamente fácil.

Howard se volvió vivamente.

—¿Quiere decir que lograron seguir la pista de los dólares?

Madero asintió con un leve gesto.

—Eran billetes nuevos. El Banco los identificó por la numeración como perteneciente a los que le habían entregado al propio míster Miller, como pago de uno de sus cheques de viaje.

—De manera que eran sus propios dólares —rezongó Edd entre dientes.

—Sin ninguna duda.

—Lo cual indica que, realmente, fue Miller quien pagó su cuenta.

—No necesariamente —rebatíó el policía venezolano—. Si fue atacado por alguien, debieron apoderarse de su dinero y pagaron con él. Además, guardo esos billetes para que usted pueda verlos. Uno de ellos tiene manchas de sangre.

Howard se estremeció.

—Un billete nuevo manchado de sangre...

—Lo siento, pero es así. Pudieron herirle cuando todavía lo conservaba en su poder.

Edd asintió, maldiciendo para sus adentros. La cosa cada vez le gustaba menos.

Desvió la mirada fijándola nuevamente en el camino. Vio el impresionante oleoducto que cortaba en dos la carretera, y poco después se sumergieron en el túnel de una milla de longitud, que desembocaba directamente en la ciudad.

Caracas le impresionó por sus colosales edificios, las anchurosas avenidas bordeadas de árboles, la impresión, de vitalidad desbordante que se respiraba en ellas.

El coche tomó una amplia curva y se internó bajo una doble fila de palmeras gigantes.

—El Hotel Nacional —dijo Madero.

Lo primero que vio fue una descomunal piscina en forma de guitarra, de proporciones increíbles, bañada por el ardiente sol. Multitud de mujeres casi desnudas se tostaban en sus orillas, tendidas lánguidamente aquí y allá.

El edificio del hotel estaba más atrás, protegido por unos exuberantes jardines, y era un monumento arquitectónico de increíbles y atrevidas líneas. Quedó sobrecogido cuando el «Cadillac» se detuvo ante la entrada.

—¿Está seguro que este es el hotel en que se alojó Miller?

—murmuró.

—Por supuesto. De paso le diré que nosotros no podemos ni soñar con alojarnos en hoteles de esta categoría —rió Madero—. Pero la policía yanqui tiene otro nivel de vida...

—Mire, si yo hubiera de pagar mis gastos en este viaje debería conformarme con una simple pensión. Miller era soltero y amaba la buena vida... y le entusiasmaban las mujeres hermosas.

—Algo de eso he oído —comentó el venezolano, mientras abría la portezuela—. No cabe duda que aquí las encontró.

Un botones trotó en busca del equipaje, cargó con las maletas y regresó al sombreado interior. Edd tendió la mirada por los hermosos jardines, en los que paseaban algunos huéspedes ataviados con frescos y despreocupados atuendos veraniegos.

Siguió a Madero hasta la recepción, firmó el libro de entrada y advirtió las miradas intrigadas de los rígidos empleados.

—Le han asignado la misma habitación de su compatriota —explicó el policía venezolano—. Encontrará en ella el equipaje de míster Miller, pero cuando lo haya revisado lo retirarán para guardarlo en el almacén.

—Está bien.

—¿Cree que se sentirá con ánimos para seguir tratando del caso, después de su largo viaje, o prefiere aplazarlo hasta mañana?

—Deme tiempo de cambiarme de ropa y tomar una ducha. No puedo desperdiciar tiempo, Madero, o mi jefe me cortará las orejas.

Madero rió, asintiendo:

—Le aguardaré en el bar principal. Quiero que vea algo allí. ¿De acuerdo?

—¿Media hora?

—Tómese tiempo.

Siguió al botones hasta una habitación espaciosa, compuesta de salita, dormitorio y cuarto de baño, todo ello de un refinado lujo que le dejó estupefacto al imaginar que allí era donde su compañero se había alojado.

Había una pequeña terraza que permitía una visión completa de la impresionante piscina y su concurrencia. Despidió al botones con una suculenta propina y permaneció unos minutos en la terracita, contemplando la infinidad de hermosas mujeres que retozaban en el agua o permanecían tomando el sol, asediadas por sus admiradores. Imaginó a Miller allá abajo y se dijo que debió encontrarse tan en su elemento como el pez en el agua.

Hasta que alguien le cazó.

Entró y despojándose de las ropas se metió bajo la ducha fría.

Después se vistió con ropas limpias. Dudó un instante entre cargar con el revólver o no, pero decidió que si Miller había ensuciado con su sangre un billete no estaba dispuesto a que la suya propia manchara otro de ningún modo.

Así que sujetó la funda al cinturón, se enfundó la chaqueta veraniega y abandonando la habitación descendió al bar dejando para más tarde el examen del equipaje de su compañero, que vio cuidadosamente apilado en un rincón.

Madero se hallaba cómodamente instalado en un taburete, junto al extremo del gran mostrador semicircular. Tres hermosas camareras atendían al servicio, y Edd decidió que cualquiera de ellas, juzgando por sus proporciones anatómicas, hubiera podido

un termo tropical de un color gris muy claro, casi tan claro como sus ojos helados que estaban fijos en el policía.

Les vio hablar brevemente. Nadie más parecía prestarles atención. Hábilmente, Madero obligó al otro a retroceder hasta un extremo del salón y allí su mano izquierda le cacheó tan rápida y expertamente que nadie pudo advertirlo.

La derecha la tenía hundida bajo su chaqueta.

El otro sonrió y meneó la cabeza, como lamentando causar tantas molestias.

Al fin, ambos se apartaron del rincón. Madero señaló el mostrador y echaron a andar hacia donde él esperaba.

El desconocido le miró con evidente curiosidad cuando llegaron.

Madero dijo:

—Míster Howard, este elemento se llama León Suares, y si alguna vez lo encuentra usted en un lugar desierto, dispare primero y luego pregúntele qué quería, porque si le da tiempo, el primero en disparar será él. Es un profesional de la pistola, ni más ni menos.

El aludido rió cortésmente.

—No exagere usted, capitán. Su amigo extranjero va a creer que se encuentra en Chicago.

—En ciertos aspectos, esto es peor que el Chicago de los años veinte —rezongó Madero entre dientes—. ¿Qué hace en este local, Suares?

—Me alojo aquí, capitán.

Madero dio un respingo.

—¿Aquí? —pareció tardar en comprenderlo—. ¿Desde cuándo?

—Bien... Creo que llegué el día doce... Sí, eso es. Fue el día doce cuando me inscribí.

Madero se puso rígido.

—El mismo día en que Miller desapareció —dijo como si hablara consigo mismo.

—¿Quién es Miller? —preguntó Suares.

Los ojos del policía se clavaron en su rostro y permanecieron allí mucho más tiempo del que era de esperar.

—Quisiera estar seguro de que no lo sabe usted, Suares. Es muy sospechoso que viniera a este hotel precisamente ese día. Y otra cosa, ¿quién financia sus gastos? Y no me diga que tiene usted fortuna propia.

—Nadie me financia. Tengo algún dinero. Acerté una buena racha en cierta partida de naipes, y decidí tomarme unas vacaciones.

—Es usted un embustero, Suares —le espetó Madero.

En lugar de ofenderse, el aludido se echó a reír. Su risa era fuerte y agradable.

—Siempre creí que los policías eran desconfiados por naturaleza, pero usted les gana a todos, capitán. Estoy diciéndole la verdad.

Madero bufó, indignado.

—Allí donde aparece usted aparecen también las dificultades. Asaltos terroristas, tiroteos y secuestros... Voy a hacer que le vigilen todas las horas del día y de la noche y solo espero que cometa un error. Esta vez, si puedo echarle el guante, no saldrá tan bien librado como hace dos años.

—No podían tenerme encerrado en aquella ocasión. Mi abogado demostró que yo era inocente. Me gustaría saber quién tiene interés en cargarme con una fama que...

—No me venga con historias, Suares. Yo sé perfectamente quién es usted y cuáles son sus ideas. Sólo espero una oportunidad, mi amigo... Una simple oportunidad. ¿Entiende?

—Creo que sí.

León Suares había dejado de reír. Ahora, sus ojos claros y tan fríos como un témpano, escrutaban al policía calculadoramente.

Y Madero le espetó:

—Ahora lárguese. Ya le previne, mi amigo.

Suares saludó con un movimiento de cabeza y abandonó el bar.

Edd indagó:

—¿A qué vino esta representación, capitán?

—Usted ha oído hablar de las guerrillas que azotan los países de América del Sur...

—Naturalmente.

—Bueno, ese individuo es uno de sus mejores organizadores, aunque nunca se le ha podido sorprender ni probar nada. Pero, personalmente, creo que él es uno de los contados cerebros que organizan las partidas que se desparaman luego por toda la geografía latinoamericana.

—¿Y no lo detienen?

—Se le detuvo una vez. No sirvió de mucho. Y ahora aparece en este hotel, inscribiéndose precisamente el día en que míster Miller se esfumó. Y yo no creo en las casualidades.

—¿Qué diablo quiere decir con eso?

—Quizá su compatriota haya sido víctima de una organización terrorista.

—¿Miller? No puedo creerlo. ¿Para qué habían de matarlo?

—Hay muchas conjeturas, mi amigo. Quizá le secuestraron. Es su técnica. Pudieron confundirlo con alguien más importante. O tal vez como policía sorprendió por casualidad los planes inmediatos de una organización y se vieron obligados a eliminarlo. Le confieso que la presencia de Suares aquí me desconcierta.

—Todo eso me parece absurdo. Miller no se hubiera mezclado en un embrollo que tuviera a los guerrilleros como protagonistas. Además, no puedo creer que las guerrillas actúen aquí, en hoteles como éste.

—Están incrustados en todas partes. Recuerde a los tupamaros.

Edd Howard hubo de convenir en que la cosa no era tan descabellada si uno se detenía a pensarlo.

—No obstante —murmuró—, ese individuo no me parece el tipo capaz de raptar a Miller y quedarse aquí después.

—Quizá esperan obtener noticias de los progresos que hacemos en nuestras pesquisas. De cualquier modo, habré de tener eso en cuenta de ahora en adelante.

—Hábleme de ese compatriota mío que estuvo en el hotel preguntando por Miller.

—No sabemos mucho sobre él, excepto que tiene una cicatriz muy fina en el pómulo izquierdo. Se presentó en recepción y preguntó por míster Miller dando a entender que eran amigos y que andaba buscándolo por todo Caracas. Luego se marchó, y a partir de entonces el teniente Miller se mostró desconfiado, como si tuviera miedo.

—Nunca creeré que tuviera miedo. Se había enfrentado a los más peligrosos pistoleros de mi país sin titubear y... En fin, no era de esos, usted ya entiende.

—De cualquier modo, el cambio que todo el mundo observó en él se produjo a raíz de esa visita. Cuando el conserje le dio cuenta de ella sufrió ese cambio.

—Lo tendré en cuenta, pero...

La llegada de un botones les interrumpió. Dijo que llamaban al señor Madero al teléfono, y el policía se disculpó, alejándose.

Edd apuró lo que quedaba de su bebida. Se encontraba en forma después de engullir los últimos tragos y llamó a la camarera, pidiéndole otro.

Ella le sonrió, inclinándose sobre el mostrador, con lo que la profundidad de su magnífico escote ganó en perspectiva.

—Perdone —susurró—. ¿Usted es el compañero de míster Miller que todos decían que iba a llegar?

—Sí.

—Lo imaginé cuando le vi en compañía del capitán Madero.

Se alejó para preparar la bebida. Antes que volviera con ella regresó Madero, quien dijo:

—Lo lamento, he de regresar a Segurnal de inmediato. Nos veremos esta noche si no tiene inconveniente. Me gustaría saber algunas cosas más respecto al teniente Miller.

—Muy bien. ¿Qué le parece si cenamos juntos?

—Perfecto. Hasta la noche, entonces. Y no se descuide, mi amigo. Una desaparición ya es bastante desagradable.

Se fue apresuradamente.

Howard le vio marchar preguntándose qué se escondería tras la despejada frente del policía venezolano.

Cualquier cosa que fuera, hubiese pagado por conocerla.

CAPITULO III

Lola le presentó la nota, que él firmó.

—¿Conoció usted a Miller, Lola? —preguntó de pronto.

—Oh, por supuesto, míster...

—Howard, pero todo el mundo me llama Edd.

—Edd... ¿Edd quiere decir Eduardo en nuestro idioma?

—Sí.

Ella sonrió.

—Le llamaré Edd —dijo.

—¿Cómo llamaba a Miller?

—Míster Miller. El... Bueno, no era como usted.

—¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Había algo en míster Miller que la inquietaba a una.

—Creo que comprendo lo que significa eso —sonrió—. Miller era un tipo muy rudo en todo.

—Hay mujeres a las que les gustan los hombres así.

—¿Está tratando de decirme algo en especial, o es un simple comentario?

—Verá... Quisiera ayudarle, pero no me gustaría comprometer a ninguna muchacha.

—Todo lo que me diga lo trataré como altamente confidencial —prometió Howard con afectada solemnidad.

Bebió un sorbo de la nueva bebida, esperando. Ella no parecía acabar de decidirse y de repente le espetó:

—¿Le hizo él proposiciones a usted?

—Sí. No le gustaba perder el tiempo.

—¿Una cita?

—En su habitación.

—¿Y...?

—No fui, eso es todo.

—Y él, ¿se conformó?

Ella sacudió la cabeza.

—No; probó suerte con Laura, aquella misma noche.

—¿Tampoco tuvo suerte?

Riendo, ella murmuró:

—Laura abandonó el trabajo media hora antes de lo acostumbrado y

desapareció. Nadie volvió a verla hasta el día siguiente.

—Ya veo... ¿Cuál de ellas es Laura?

—La morena.

—Apuesto que a la hora de elegir entre ustedes tres, Miller se vio en un compromiso... aunque yo la elegiría a usted sin titubear.

—¿Porque le gustan las pelirrojas?

—Me gusta todo lo demás que hay debajo de la cabellera pelirroja.

—Empiezo a creer que usted es peor que su compañero.

Se alejó para atender a alguien, a cierta distancia. Edd estuvo bebiendo distraídamente, con la mente ocupada por multitud de pensamientos encontrados.

Hasta que una voz, tras él, le distrajo de golpe.

—Presumo que usted es policía, igual que el señor Miller...

Volvió la cabeza y se encontró ante León Suares. El impecable individuo era la imagen de la aristocrática corrección criolla, incluso cuando se encaramó al taburete vecino al suyo.

Howard dijo secamente:

—Creí entender antes que usted no sabía nada de Miller.

—Eso fue solo en obsequio del capitán Madero. Es un individuo con el que hay que tener mucho cuidado, mi amigo. Tanto él como los demás jefazos de la Segurnal ven terroristas por todas partes. Los dedos se les vuelven huéspedes, si es que entiende lo que quiero decir.

—¿Y se equivocan?

—Seguridad Nacional no se equivoca jamás.

—Al grano, ¿qué está tratando de decirme con estos preliminares?

—Yo conocí a su amigo Miller. Quiero que lo sepa porque estoy seguro de que tarde o temprano lo averiguaría y entonces pudiera empezar a tener ideas sobre mí. No me gustan las complicaciones.

—¿Cómo conoció a Miller?

—Aquí, en el bar. Hablamos de muchos temas, principalmente de mujeres. Él era un experto al respecto —rió Suares—. Después nos encontramos en la piscina algunas veces, donde por cierto me «pisó» una rubia sensacional.

—¿Le dijo él que era policía?

—Bien, habló de eso, sí. Me contó algunos de sus casos más importantes.

—¿Y llegó a sospechar la clase de individuo que era usted?

—No empiece a tener ideas, solo por lo que Madero dijo de mí. Simpatizo con los guerrilleros, mi amigo. Después de todo, pelean para que sus países sean más prósperos, más libres... menos esclavos del capital yanqui y de las oligarquías que los aplastan desde tiempos remotos.

—Habla usted como cabía esperar.

—El comprendió mis puntos de vista cuando hablamos de ese tema.

—¿Miller?

—Exactamente.

—Lo dudo.

Encogiéndose de hombros, Suares dijo:

—Me alegraré que puedan encontrarlo sano y salvo. Simpatizamos, ¿usted sabe? Ahora ya conoce usted mi posición.

—No estoy tan seguro. Usted se alojó en este hotel el mismo día que él desapareció, no obstante confiesa que estuvo viéndose con Miller mucho antes de eso.

—Frecuento este hotel desde hace meses, aunque solo fuera como visitante.

Howard no replicó. A pesar de su aristocrática presencia, no le gustaba aquel hombre, quizá por la extrema frialdad de su mirada inexpresiva.

—De cualquier modo, celebro que haya hablado conmigo —dijo al fin.

Suares se despidió con un ademán y Howard estuvo siguiéndole con la mirada hasta verlo desaparecer.

Cuando se volvió hacia el mostrador, Lola estaba allí, mirándole con sus enormes ojos verdes.

—Un hombre intrigante —comentó.

—¿Le conoce?

—Conozco sus intenciones por lo menos.

—¿Ha intentado también llevarla a su habitación?

—Lo ha intentado —rió la bella muchacha.

—¿Con éxito?

—Sin éxito.

—Empiezo a pensar que es usted inaccesible, Lola.

Ella sacudió su roja cabellera.

—Sencillamente —dijo—, detesto que me empujen a la cama.

—Ya veo. Lo tendré en cuenta antes de iniciar mi ataque.

—¿Otro «tropical»? —propuso.

—No, gracias. Esa bebida le hace sentirse a uno como si flotara, y yo tengo que trabajar.

Tras una vacilación, la muchacha preguntó:

—¿Cree usted que le mataron?

—¿A Miller?

—Sí.

—No lo sé. Acabo de llegar y estoy desconcertado todavía. ¿Usted le vio alguna vez en compañía de alguien que no fueran las mujeres a las que acosaba?

—Hizo algunas relaciones con otros huéspedes del hotel. En realidad, era un hombre muy sociable... hasta que cambió.

—Ya me han hablado de ese cambio. Fue algo súbito, según creo.

—Y tan súbito —exclamó Lola—. Incluso se olvidó de insistir para que fuera a su habitación ninguna de las noches en que todavía estuvo en el hotel.

—Conociendo a Miller, no cabe duda de que debió estar muy preocupado para olvidarse de eso —rezongó Edd entre dientes.

Saltó del taburete. Más allá de los gigantescos ventanales, el sol declinaba ya tiñendo de rojo el jardín y las lejanas montañas.

—Mos veremos esta noche, después de la cena —dijo.

—Adiós, señor Howard... Edd —rió al recordar el trato.

—Así está mejor. Es más fácil de recordar.

Subió a la habitación deseando dar un vistazo al equipaje de su compañero desaparecido.

Se sorprendió al encontrar la puerta solo entornada. Plantado en el pasillo, miró arriba y abajo. No había nadie a la vista.

Sacó el «Colt-Cobra» y abrió de un empujón, colándose de un salto.

Se quedó rígido al ver a la muchacha tendida confortablemente en el diván. Por unos instantes no supo cómo reaccionar, hasta que ella murmuró:

—Es mejor que cierre la puerta antes que alguien vea ese revólver y empiece a chillar. Después puede acercarse. Hay muchas cosas de las que hemos de hablar usted y yo, querido.

El cerró la puerta y antes de acercarse a la muchacha dio un vistazo al dormitorio y al cuarto de baño. Después se asomó a la terraza, para convencerse de que tampoco allí había nadie oculto.

Sólo entonces guardó el revólver.

CAPITULO IV

La muchacha vestía una diminuta minifalda blanca, de la que destacaban poderosamente sus soberbias piernas desnudas de un color de oro viejo, en las que el sol había obrado maravillas. Una blusa ajustada retenía con dificultad los agresivos senos juveniles, bajo la grácil curva de su garganta tan sugestiva como el resto del cuerpo.

El rostro era hermoso sin lugar a dudas, quizá con los pómulos excesivamente marcados, lo que le infundía un carácter orientalizado. Unos labios tentadores y apenas maquillados incitaban a pensamientos nada ortodoxos.

—Si necesitaba ponerse cómoda —dijo Edd, reaccionando—, podía haber elegido la cama. Está ahí dentro.

—Lo sé, pero pensé que eso le colocaría a usted en el disparadero y me conformé con el diván.

Se desenroscó lenta y voluptuosamente hasta quedar sentada con las piernas dobladas bajo el cuerpo. Edd se dejó caer sentado a su lado.

—Ahora veamos quién es usted y la razón de que haya invadido mi habitación de un modo tan poco correcto.

—Me llamo Vivian Doran. Eso creo que lo aclara todo.

El dio un salto, estupefacto.

—¡La novia de Wald Miller! —exclamó.

—Así es.

Desconcertado, Howard gruñó:

—Su presencia aquí era lo único que faltaba, preciosidad.

—Quiero encontrar a Wald —dijo ella suavemente—. Desde San Francisco no podía hacer nada por él. Pensé que viniendo aquí...

—Viniendo aquí lo haría todo más difícil —rezongó Edd de mal humor—. ¿Qué es lo que usted cree que conseguirá con eso?

—No lo sé, pero por lo menos sabré las noticias que vayan surgiendo sin necesidad de esperar, sin tener que soportar una espera insoportable. Y cualquier cosa que yo pueda hacer para ayudar a encontrarlo lo haré.

—Todo lo que puede hacer es mantenerse al margen. Esa es la mejor manera de ayudar.

Ella le observó larga y fijamente. Sus ojos eran negros y rasgados, llenos de misterio.

De pronto susurró:

—¿Olvida usted que Wald iba a casarse conmigo?

—Bueno, él me habló de usted alguna vez, hace tiempo. Pero el hecho de que fueran a casarse no cambia nada. Este puede ser un asunto extremadamente peligroso. En realidad, es peligroso, de cualquier modo que acabe. Y usted puede convertirse en una complicación adicional. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Creo que sí. Usted quiere que regrese a San Francisco.

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

—No.

El suspiró, furioso.

—Como quiera —concedió al fin—. Pero no olvide en ningún momento que mi trabajo no es velar por usted ni protegerla en caso de que las cosas se pongan difíciles.

—Tampoco yo le pediría que lo hiciera.

—Así está mejor. Ahora dígame cómo se le ocurrió esa loca idea de venir aquí.

—Fue una cosa súbita. Lo decidí de repente y emprendí el viaje.

—Ya veo. ¿Dónde se aloja?

—En el hotel Tamanaco. No me atreví a inscribirme en este...

—Afortunadamente, aún le queda un poco de sentido común.

Ella sonrió tentadoramente.

—Wald hablaba de usted a menudo. Puede decirse que le conocía sin haberle visto nunca. Eso me animó también a entrar en contacto con usted.

—No trate de halagarme. No le servirá de nada en estas circunstancias.

—Yo creí que el hombre duro era Wald, pero usted no tiene nada que envidiarle en ese aspecto.

—Olvidelo.

—Olvidado. Hábleme de sus progresos. ¿Qué sucedió en realidad con él?

—Nadie lo sabe. Puede haber sido secuestrado, o quizá asesinado por una razón todavía desconocida. Y observe que le hablo con toda crudeza para que no albergue falsas esperanzas. Hay una probabilidad entre un millón de encontrarlo con vida.

Ella asintió, impresionada, y durante unos instantes no pronunció una palabra.

Después, Edd le contó lo poco que sabía y terminó diciendo:

—La policía venezolana está haciendo cuánto puede, y yo trabajaré también hasta obtener uno u otro resultado. Si Miller vive lo encontraremos. Pero si ha muerto... Bueno, quizá jamás sepamos lo que sucedió en realidad.

—Todo será preferible a esa incertidumbre.

Howard se disponía a replicar cuando un súbito golpe más allá de la

puerta le cortó la voz. Sonó un grito y otro golpe, como el de alguien al estrellarse contra la pared.

Se levantó de un brinco y cuando llegó a la puerta tenía el revólver empuñado y listo para disparar.

Abrió de un tirón. Un hombre se esforzaba por levantarse de la alfombra. Tenía sangre en las comisuras de los labios y estaba extremadamente pálido.

Sin duda, juzgando por su uniforme, era un empleado del hotel.

Edd miró a ambos lados del pasillo, pero todo estaba desierto.

Entonces ayudó al empleado a levantarse y le dejó apoyado en la pared, reponiéndose. El hombre murmuró en español:

—¡La escalera...! ¡Huyó por la escalera...!

—Sea quien sea huyó, ya es demasiado tarde para echarle el guante. ¿Qué diablos sucedió?

—El... Ese individuo... Estaba espionando, con la oreja pegada a la puerta de sus habitaciones, señor. Le sorprendí y él me golpeó. Luego echó a correr.

—De modo que estaba espionando en mi habitación. Oíste eso, preciosidad?

Vivían, que se había quedado en el umbral, asintió con un gesto.

—Ahora, el tipo ya sabe que estás aquí y por qué has venido —añadió, disgustado, tuteándola de modo inconsciente—. Puedes apostar que eso le habrá interesado mucho.

El empleado del hotel murmuró, restañando la sangre de sus labios con un pañuelo:

—Creí que me mataba el maldito salvaje.

—¿Lo había visto alguna vez con anterioridad? —preguntó Edd.

—Creo que sí, aunque no es ningún huésped del hotel.

—¿Dónde cree que lo vio?

—No lo sé con seguridad... Pudo ser abajo, en el vestíbulo, o en alguno de los bares. No lo sé, aunque recuerdo bien su rostro afeado por una cicatriz.

Edd aspiró con fuerza.

—Un hombre con una cicatriz en la cara estuvo preguntando por Miller poco antes de que este desapareciera —rezongó—. Si se trata del mismo me pregunto qué anda buscando ahora.

Vivian, muy pálida, retrocedió hacia el interior de la habitación.

Howard se dirigió al hombre.

—Telefonee a la Seguridad Nacional, pregunte por el capitán Madero y cuénteles lo sucedido. Descríbale a ese tipo con todo detalle. ¿Comprende?

Esperó a que se alejara para regresar a la habitación, donde se reunió con la muchacha.

—Todo esto es muy extraño —gruñó—. Si querían a Miller por alguna

razón, ¿qué pretenden ahora espiándonos a nosotros? Es absurdo.

—Quizá tienen miedo de que tú les descubras.

—¿Miedo de mí, cuando acabo de llegar y lo ignoro casi todo? Lo lógico sería que temieran a la policía venezolana. Ese Madero no es ningún tonto y sabe dónde le aprieta el zapato. Le conocerás esta noche, puesto que cenaremos juntos.

Ella sonrió.

—De modo que al fin me aceptas...

—¿Puedo hacer otra cosa? Porque imagino que no podría facturarte de vuelta como quien envía una maleta...

—¿Dónde es la cena?

—En este hotel, por supuesto.

—Entonces, dame tiempo para que vaya al mío a cambiarme de ropa. No quiero causar una mala impresión a tu colega indígena.

—No le menosprecies, preciosidad. Tengo la impresión de que ese tipo puede ser muy rudo si se lo propone.

Pero ella apenas le escuchaba. Se había dirigido a la puerta y desde ella esbozó un gesto de despedida.

Al quedar solo, Edd se dedicó a revisar el equipaje de Miller.

Había algunos trajes de excelente corte y calidad, una colección de camisas y corbatas y prendas de ropa interior. También encontró algunos folletos de propaganda turística venezolana.

Pero nada que pudiera representar una pista.

Volvió a cerrar las maletas, disgustado, y tomando el teléfono ordenó que retirasen todo aquello hasta que fuera reclamado.

El botones que llamó a la puerta era un muchacho de unos quince años, de rostro pecoso y pálido. Muy delgado, su uniforme parecía bailar sobre el escuálido cuerpo.

—Son esas —dijo Edd señalando las maletas de Miller—. Puedes llevártelas.

—Sí, señor. Ya sé que son estas maletas.

Titubeó, como si no pudiera decidirse a tomarlas. Finalmente, tras una mirada temerosa al nuevo huésped, cargó con el equipaje y salió.

Howard estuvo tentado de detenerlo y hacerle algunas preguntas, puesto que su actitud temerosa e indecisa le había intrigado. Pero calculó que tenía el tiempo muy justo y lo dejó para otra ocasión mejor.

Empezó a desvestirse mucho más preocupado que a su llegada.

* * *

La cena resultó agradable y la compañía de Madero estimulante.

Como si la proximidad de la hermosa Vivian le indujera a mostrarse

más jovial que de costumbre, amenizó la velada con infinidad de historias de su país y de sus gentes.

Sólo después de los cafés pareció recordar que estaban allí para algo más serio que una simple reunión social.

Entonces comentó:

—Tenemos aquí, esta noche, a la mayor parte de los huéspedes que de un modo u otro se relacionaron con míster Miller.

Howard paseó la mirada por el comedor. Quedaban pocas mesas ocupadas, puesto que la mayoría de comensales lo habían abandonado ya.

El policía venezolano siguió:

—¿Ve usted la mesa que hay junto a esa palmera enana? La ocupa una pareja muy distinguida. El hombre se llama Diéguez y es un rico terrateniente que vive la mayor parte del año en este hotel. La mujer es su esposa. Mucho más joven que él, eso salta a la vista.

—Y extraordinariamente seductora —comentó Edd.

—Ese mismo descubrimiento lo realizó el teniente Miller.

Vivian le miró con el ceño fruncido y Madero desvió la vista.

Howard gruñó:

—Mira, nena, no pretendas ignorar la clase de mujeriego que era Wald. Eso es algo que tú debías saber desde el principio.

—Lo sabía, pero estaba segura de que cambiaría cuando nos casásemos.

—Bueno, eso estaba por ver. Volviendo a esa dama, capitán...

—El teniente Miller le dedicó sus mejores atenciones durante días.

Edd le miró, preocupado.

—Más claro —pidió—. ¿Pretendes decirme que esa dama y Miller tuvieron una pequeña aventura?

—¿Cómo puedo saberlo? En todo caso debieron ser muy discretos. El señor Diéguez es desconfiado por naturaleza, y muy peligroso. En Venezuela, es casi omnipotente.

—Entiendo. Si descubrió que Miller y su esposa tenían cierto... *affaire*, quizá pensó vengar su honor al viejo estilo.

—Pudiera ser, aunque lo dudo. Diéguez habría matado a Miller disparándole abiertamente, sin importarle cuántos testigos pudieran presenciarlo.

—Uno nunca sabe... ¿Quiénes son los demás a que aludió al principio?

—Una hermosa dama.

—¿Otra?

—La que ocupa la mesita solitaria del rincón. Esa de larga cabellera negra y rostro pálido y bellissimo.

Una de nuestras más bellas criollas, mi amigo. Se llama Lucía Betanzos, y posee en propiedad una cadena de tiendas de modas. Procede de nuestra vieja nobleza, ¿sabe usted, teniente?

—¿También...?

—Cenó algunas noches en compañía del teniente Miller.

—Ya veo.

—Más allá, cerca del ventanal de la esquina... ¿ve usted? Esos dos caballeros son yanquis. Visitan nuestro país con cierta frecuencia y siempre se alojan en este hotel.

Edd clavó sus ojos en los dos individuos indicados. Frunció el ceño y sus labios se distendieron en una leve sonrisa.

Pero ya Madero estaba diciendo:

—El otro solitario de la mesa que está pegada a la columna se llama Gerard Watson. También es norteamericano. Según mis noticias es un próspero negociante de Los Ángeles. Importador y exportador. Sostuvo largas charlas con el teniente Miller.

Howard refunfuñó:

—Me gustaría saber qué diablos encontró Miller en común con toda esta gente. Casi todos ellos son muy superiores socialmente hablando. Pertenecen a otra esfera, si es que sabe usted lo que quiero decir.

—Le comprendo, pero según he podido averiguar, míster Miller se encontraba entre ellos como el pez en el agua.

—Sí, conociéndole puedo comprenderlo.

—Si me permite, mi amigo... Usted ha dicho que «casi todos ellos» eran superiores socialmente hablando. ¿Por qué el «casi»?

—Porque yo conozco a uno de esos distinguidos caballeros. Uno de los dos que ocupan aquella mesa cercana al ventanal de la esquina. Se llama Sam Sands, y puedo asegurarle que si de algo puede presumir no es de caballero precisamente.

—¿Un conocido... profesional?

—Bueno, en cierto modo. No es que haya sido huésped de las cárceles del Tío Sam, pero merecería haberlas visitado a menudo por lo menos.

Como si se hubiera percatado de que estaban hablando de él, el hombre miró a su alrededor hasta que sus ojos tropezaron con la fija mirada del teniente. Primero arrugó el ceño, luego se levantó prestamente y tras unas palabras de excusa dedicadas a su compañero atravesó el salón y se aproximó a la mesa ocupada por Howard, Vivian y el capitán Madero.

—Que me cuelguen si no es el teniente Howard —exclamó Sam Sands con verdadero entusiasmo—. ¿Qué diablos está usted haciendo aquí? Oh, vaya pregunta idiota la mía... Debí suponerlo. Miller, ¿no?

Su mano tendida fue como un puente de paz. Edd se la estrechó, tirando de él y obligándole a ocupar una silla vacía, entre Vivian y él mismo.

—Vaya, vaya, Sam Sands —dijo, zumbón—. Jamás imaginé que frecuentases hoteles de tanto lujo.

—¿Por qué no? Aprendí en Las Vegas, recuérdalo.

—Por supuesto. ¿Conoces al capitán Madero, de la Seguridad Nacional?

Los astutos ojillos de Sam esquivaron la mirada del policía.

—Me alegro de conocerle —dijo sin convicción—. He oído hablar de usted algunas veces.

Madero correspondió solo con una ligera inclinación de cabeza.

Luego, la mirada de Sam Sands resbaló por el hermoso rostro de Vivían y no pudo disimular su complacencia al ver algo tan bello.

Edd dijo:

—Vivían Doran, la novia de Miller.

—¡Oh...! No cabe duda de que el teniente Miller tiene un gusto excelente cuando se trata de mujeres.

Madero dijo:

—Si no recuerdo mal, todavía no nos ha dicho de qué conoce usted a míster Sands, teniente. ¿Tal vez se trata de algo que debería interesarnos a los sencillos policías venezolanos?

Sands rió entre dientes.

Howard dijo:

—Quizá sí... Sam es uno de los más hábiles «talladores» de toda la costa Oeste de Estados Unidos.

—¿Talladores?

—Digamos... jugador profesional.

—Oh, comprendo. Siento que mi curiosidad por este caballero aumenta —comentó Madero—. Según mis informes, suele visitar con alguna frecuencia nuestro país, míster Sands.

—Tres o cuatro veces al año —confesó el tahúr.

—Este... ¿Visitas profesionales quizá?

—¿Quiere decir si vengo a jugar aquí? Oh, no, señor, de ningún modo. Vacaciones, simplemente. Cuando tengo una buena racha me tomo mi descanso. Y Caracas me entusiasma, por eso vengo siempre que puedo.

—Hay algunos lugares donde se juega fuerte en nuestra ciudad, ¿sabe usted? —dijo Madero—. Por supuesto, oficialmente ignoro esas grandes partidas. Por regla general, los hombres que toman parte en ellas son ricos e influyentes ciudadanos, con poderosas amistades, y lo que es más importante, con fortunas que les permitan arriesgar algunos millones de vez en cuando. Me pregunto si les conoce usted, míster Sands...

—No sé de qué me habla. Le repito que cuando vengo a Caracas es en plan de descanso.

Madero esbozó una sonrisa que no le comprometía a nada.

—Claro, claro, por supuesto. Pero entiendo que usted conocía al teniente Miller muy bien, a juzgar por lo que llevo oído.

—Lo mismo que conozco al teniente Howard. Él puede decirle que estoy limpio en los Estados, ¿eh, teniente?

—Si quieres decir que nunca has sido encerrado, tienes razón.

—Ajá. Oiga, ¿qué pasó con el teniente Miller? Me dijeron que había

desaparecido y...

—Sé tanto como tú, Sam. A propósito, ¿quién es tu compañero de mesa?

—Bueno, hicimos el viaje juntos en el mismo avión. Su nombre es Ridge... Hal Ridge.

Madero dijo con alguna brusquedad:

—Ha sido usted muy amable, míster Sands. Espero que siga manteniéndose dentro de la ley mientras esté aquí.

Sam se levantó, sonriendo.

—Yo siempre estoy dentro de la ley, señor...

Estrechó las manos de todos, y de nuevo su mirada brillante se detuvo más de la cuenta sobre el rostro bellissimo de Vivian, hasta arrancar una tensa sonrisa de la muchacha. Tras esto se alejó regresando a su propia mesa.

—Un individuo muy escurridizo —comentó Madero—. Haré que investiguen un poco en torno a él.

—Miller debió reconocerle también —dijo Edd—. Todo esto es un rompecabezas descomunal.

—Sea como sea, nos deja en el mismo lugar en que estábamos. ¿Qué piensa hacer esta noche?

Howard miró fugazmente a Vivian y murmuró:

—Quisiera llevar a cabo algunas pesquisas todavía, si usted fuera tan amable de escoltar a la señorita para que no tuviera que regresar sola a su hotel.

—Eso sería un verdadero placer —rio Madero—. Y siempre que ella me lo permita, por supuesto. Incluso podría mostrarle alguno de nuestros mejores lugares de diversión, aprovechando que esta noche estoy libre de servicio.

Vivian dirigió una fría mirada al teniente. Luego sonrió.

—Si lo que querías era librarte de mí, me alegra poder decir que salgo ganando con el cambio de pareja —volvióse hacia el capitán y preguntó, con una seductora sonrisa en sus labios tentadores—: ¿Cuáles son esos lugares tan divertidos, capitán?

—Podemos empezar por el Tropicana, y luego...

Se levantaron. En un minuto, Edd se encontró solo y encendió un cigarrillo.

Al fin, levantándose, se encaminó al bar.

CAPITULO V

Lola pareció alegrarse al verlo. Pidió café y ella dijo:

—¿Le gusta el coñac?

—Desde luego.

—Obsequio de la casa entonces.

Le sirvió un humeante café y una panzuda copa de coñac, que él calentó acunándola entre las manos.

—¿Algún progreso? —preguntó la sugestiva pelirroja.

—Me parece que seguimos estancados. Escuche, me gustaría hablar unos minutos con su compañera.

—¿Con Laura?

—Sí.

Ella vaciló.

—No sería agradable que Laura pensara que yo la he comprometido.

—No tiene por qué pensar eso.

—Está bien.

Se alejó, pero de pronto dio media vuelta y regresó junto a él.

—¿Se propone hacerle proposiciones también, como su compañero?

—Olvídalo. Sólo puedo hacer proposiciones a una muchacha pelirroja, y ella es morena.

—Voy a traérsela.

Riendo suavemente, la muchacha se alejó y a los pocos instantes Laura, una belleza morena, de grandes ojos negros y busto provocativo estuvo ocupando su lugar frente a Edd.

—¿Míster Howard? —runruneó.

Él le sonrió. Conocía el valor de su sonrisa, que borraba en parte la dureza que por lo común se reflejaba en sus ojos.

—Y usted es Laura, la hermosa dama de los sueños de Wald Miller.

—Pero, ¿su amigo Miller soñaba alguna vez?

—Buena respuesta.

—Yo siempre pensé que era un hombre que tocaba de pies en el suelo en cualquier circunstancia.

—Apuesto que eso lo sabe usted mejor que nadie...

Ella se acodó sobre el mostrador. El escote adquirió unas profundidades

de vértigo y a Howard le costó desviar la mirada.

—¿Pretende decirme algo concreto, míster Howard? —susurró.

—Todo lo concreto que fuera su escarceo amoroso con Miller.

Ella no se inmutó.

—Fue muy concreto —confesó sin rodeos—. Era un hombre rudo que se encontraba muy solo aquí. Y a mí me gustan los hombres duros.

—Gracias por su sinceridad. ¿Les dijo lo mismo a los policías que hablaron con usted?

—No. Ellos son incapaces de comprender estas cosas. Apuesto que hubieran pensado que yo era una... Bueno, ya me comprende. Lo de Wald no fue ningún negocio para mí.

—La creo. Hábleme de su entrevista con él. ¿De qué hablaron?

Los ojos negros chispearon llenos de malicia.

—No le gustaba mucho hablar, usted sabe... Bueno, hablamos, como no, pero eso fue más tarde, en la madrugada.

—¿Conversación íntima, o puede haber algo en ella interesante para mí?

—Nada interesante. Excepto quizá a su referencia al hombre que le había seguido...

Edd dio un respingo.

—Eso es nuevo para mí. ¿Qué hombre fue ese?

—Creo que dijo que por esa noche no quería pensar en nada desagradable porque yo... Bueno, porque yo era primero que todo lo demás. Pero que al día siguiente debería ocuparse del tipo que estaba siguiéndole los pasos por todo Caracas.

—¿No dijo nada que le permitiera tener una idea de cómo era ese individuo?

—No, nada en absoluto. Ya no volvió a mencionarlo en toda la noche.

—Lástima...

—¿No saben nada de él todavía?

El sacudió la cabeza, distraído.

—¿Sabe una cosa? Wald me pareció un hombre que sabía cuidarse de sí mismo sin ayuda de nadie.

—Yo también pensaba eso, pero no cabe duda que algo le sucedió. Gracias, Laura. Si se le ocurre algo que pueda ayudarme, llámeme. Ocupo la misma habitación de Miller.

—Lo recordaré. Es una habitación muy agradable, míster Howard.

—Sí, pero lo sería más si uno no estuviera solo en ella.

—Eso puede arreglarse —aseguró la muchacha, alejándose.

Casi al instante, Lola estuvo de vuelta y le miró, interrogante.

—Estuvo con él, pero no he adelantado mucho con eso —dijo Edd.

—¿Lo ha confesado?

—Sin titubeos. Es una chica consecuente.

Lola rió.

—La han llamado cosas peores —dijo—. ¿No termina su café?

—Se enfrió. Tengo suficiente con el coñac.

Lo saboreó con verdadero placer, sin que sus ojos se apartaran del bellissimo rostro de la pelirroja.

De pronto comentó:

—¿A qué hora termina su turno, Lola?

—¿Para qué? No creo que esta noche necesite compañía. La señorita que cenó con usted y el capitán es muy bonita...

—¿Vivían? Oh, no, olvídalo. Es la novia de Miller.

Ella enarcó las cejas.

—¡Increíble! —susurró—. Y él haciendo el loco con todas las mujeres que se le ponían a tiro...

—¿Qué me dice de su turno?

—No se precipite. Esta es su primera noche en Caracas...

—¿Y sabe usted una manera mejor de celebrarlo?

—Está usted resultando tan impaciente como su amigo... Pero se me ocurre que de todos modos no va a necesitar mi compañía esta noche. Alguien viene en su busca sin duda.

Edd volvió la cabeza y se quedó sin aliento ante la proximidad de la hermosa mujer que ya viera en el comedor.

Lucía Betanzos era toda una belleza de grandes ojos rasgados, porte altivo que realzaba la sublime perfección de su cuerpo, vestido con un gusto exquisito.

La dama se detuvo frente a él, que saltó del taburete como si le hubieran empujado.

—No me atrevo a pensar que estuviera usted buscándome a mí —dijo.

Ella esbozó una sonrisa.

—Atrévase —dijo con una voz suave y cálida—. Vine en su busca, señor Howard.

—Edd.

—¿Cómo?

—Los amigos me llaman Edd sin más protocolos. Incluyendo mis amigas, naturalmente.

—Oh, entiendo.

Se encaramó al taburete más próximo y él volvió al suyo.

Esperó a que Lola sirviera lo que ella pidió. Entre tanto estuvo contemplando su bello perfil sin despegar los labios.

De pronto, ella dijo:

—Estoy segura que el capitán Madero le habrá hablado de mí...

—Me dijo que se llama Lucía Betanzos, que pertenece a una de las mejores familias del país y que es propietaria de una cadena de tiendas de modas.

—Un poco más y hace mi biografía completa. ¿Le dijo que Wald Miller y yo sostuvimos algunas entrevistas?

—Lo mencionó también.

—Era lo que presumía. De cualquier modo, no es ningún secreto. Yo misma lo declararé así cuando el propio Madero me interrogó.

—Y ahora quiere contármelo a mí, ¿es eso?

—Bien, digamos que no me gusta que queden sombras detrás de mí. Usted ha venido aquí en busca de su amigo desaparecido, por consiguiente todos lo que tuvieron trato con él serán sospechosos...

—En cierto modo, sí.

—Es lo que imaginé.

Sorbió su bebida temándose tiempo para reflexionar.

Y repentinamente murmuró:

—Ignoro lo que le sucedió realmente a Wald, pero creo que está muerto.

—¿Tiene algo sólido en que apoyar su creencia?

—Bueno... El cambio experimentado por él los últimos días. Casi cada día hablábamos un poco, o cenábamos juntos. Los últimos días todo eso cambió. La única vez que estuvimos juntos fue la noche anterior a la de su desaparición. No parecía el mismo hombre. Dijo que había alguien en Caracas que quería su vida y que iba a cazarlo aunque fuera lo último que hiciera en este mundo... Ya no volví a verlo.

—¿Lo dijo con esas mismas palabras?

—No lo recuerdo con exactitud, pero sí estoy segura que fue eso lo que quiso decir. Alguien quería matarle, y él estaba decidido a cazar a ese hombre.

—Ya veo... ¿Pretendió hacerle el amor, Lucía?

Ella se encogió de hombros.

—Aún no he conocido un hombre que no pretenda lo mismo más o menos descaradamente. A Wald le gustaban los métodos directos.

—Así que lo intentó también con usted.

—Estoy convencida que lo intentó con cuantas mujeres se cruzaron en su camino desde que llegó a Caracas. ¿Qué importancia tiene que probara suerte conmigo también?

—Tal vez ninguna, fue solo una pregunta. ¿No puede recordar nada más que él dijera respecto al hombre que se proponía cazar?

—No...

—¿Ni siquiera si se trataba de alguien con una cicatriz en la cara?

Ella volvió vivamente la cabeza.

—¿Una cicatriz...? —exclamó—. No mencionó para nada una cicatriz, pero yo he visto a alguien así en alguna parte.

—¿Dónde? —exclamó Edd.

—No lo sé... Una cara delgada, de facciones afiladas, y con una cicatriz

en una de las mejillas...

—Justamente ese es el hombre. Trate de recordar dónde lo vio. ¿Aquí, en el hotel, quizá?

—Pudo ser aquí o en otra parte. Es imposible saberlo... Sólo es una de esas vagas ideas que le quedan a una grabadas en la mente alguna vez.

—Entiendo. Escúcheme; si alguna vez vuelve a ver a ese individuo de la cicatriz, llámeme. Si no me encuentra comuníquese con Madero. Es importante, Lucía... Muy importante.

—Lo recordaré.

Apuró su bebida y volviéndose hacia él preguntó:

—¿Sin sombras?

—Si alguna pudo haber, usted acaba de disiparla.

—Por eso vine a hablar con usted. Buenas noches, Edd.

—La veré mañana. Tal vez se me ocurran algunas preguntas más que precisen respuesta.

—Estoy casi segura que se le ocurrirán. Adiós.

Había ironía en sus palabras y él lo notó. No obstante, se sintió satisfecho consigo mismo.

No es que hubiera adelantado mucho en sus pesquisas, pero por lo menos ya sabía que había habido alguien que siguió los pasos de Miller, alguien que quiso matarlo y al que él se dispuso a cazar...

Y probablemente resultó cazado.

Por primera vez, consideró seriamente la posibilidad de que Wald Miller estuviera muerto...

No era una perspectiva agradable ni mucho menos.

CAPITULO VI

Sam Sands abandonó el último bar visitado durante la noche y anduvo sin prisas por la acera, respirando el cálido aire de la noche caraqueña.

Pensaba en el capitán Madero, en sus insinuaciones y en las preguntas del teniente Howard.

También había sido mala suerte que le reconociera, aunque después de lo sucedido con Miller era presumible que otro polizonte viniera a meter las narices en el bollo.

Sacudió la cabeza.

Había deambulado largamente por calles y avenidas, entrando en varios establecimientos de bebidas. Esa noche podía permitirse el placer de saborear tantos tragos como quisiera, puesto que no había ninguna partida a la vista. Hasta la noche siguiente no jugaría, y hasta entonces no necesitaba conservar la mente clara.

Creyó percibir unos pasos a sus espaldas. Volvió la cabeza instintivamente, pero no vio a nadie.

Siguió andando de regreso al hotel. Los pasos se reanudaron, allá atrás.

Sam Sands frunció el ceño. No era miedoso, pero había algo de furtivo en aquellas pisadas y se estremeció.

De repente, pensó en las veladas advertencias del capitán Madero y gruñó un juramento. Casi estaba seguro que había ordenado a alguno de sus esbirros que le siguiera los pasos día y noche.

Seguro que se trataba de eso. Un polizonte. Madero quería estar seguro de que Sam no le causaba más preocupaciones de las que ya tenía.

Por unos instantes sintió la tentación de esperar a su escolta y reírse un poco de él en sus mismas narices.

Luego pensó en los métodos más bien rudos de la policía, en la enorme autoridad de que gozaba el capitán Madero y lo dejó correr.

Los pasos se habían aproximado un tanto. Ahora sonaban con claridad, cada vez más cercanos.

Un policía no se pondría tan en evidencia...

Sam se detuvo en una esquina y miró atrás. La sombra de un hombre se había detenido también, pegada a las paredes.

Un miedo inconcreto comenzó a extenderse por todo su cuerpo impulsándole a huir. No sabía qué clase de amenaza podía representar

aquella sombra, pero sí estaba seguro de que era una amenaza tan real como un cuchillo apoyado en su barriga.

Dio media vuelta y reanudó la marcha, ahora apresuradamente.

Los pasos, también apresurados, volvieron a resonar a sus espaldas, cada vez más cercanos.

Y de pronto la idea estalló en su cerebro.

¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Eso debía de ser... Y si era así, quien andaba pisándole los talones era la misma muerte...

Desesperado, buscó algún establecimiento abierto. Pero todo estaba cerrado y a oscuras.

Una farmacia quizá...

Pero era inútil. Jamás podría escapar de aquella sombra fatídica que ganaba terreno sin correr, más cercana a cada paso.

De pronto, al doblar una esquina, descubrió una cabina telefónica.

Corrió a trompicones hacia ella. Introdujo las monedas con manos torpes y luego marcó un número, esperando con impaciencia.

Sonó un chasquido al otro lado. Sam gritó:

—¿Hotel Nacional? ¡Con el teniente Howard, rápido!

—Un momento... No sé si estará en su habitación...

—¡Dese prisa!

Se le antojó que esperaba una eternidad antes no oyó la voz de Edd Howard al otro extremo del hilo.

—¿Quién habla? —quiso saber el policía.

—Sam Sands, teniente...

—¿Qué te pasa a estas horas?

—¡Teniente, estoy en un apuro!

—Debes haberte encontrado con muchos a lo largo de tu vida y nunca acudiste a la policía que yo recuerde...

—¡No se burle! Me persiguen... Estoy seguro que quieren matarme, teniente.

—¿Quién y por qué?

—No sé quién, pero el porqué tal vez...

Repentinamente vio un rostro confuso al otro lado de los cristales, un rostro de expresión diabólica, con la mejilla cruzada por una cicatriz.

La voz de Howard rugió en su oído:

—¡Sam! ¿Estás ahí, Sam?

—Sí... sí, teniente... Tiene una cicatriz en la cara...

—¡Infiernos! ¿Qué estás diciendo?

Como por arte de magia, un orificio estalló en el cristal y millares de finas estrías aparecieron a su alrededor. Sam sintió un tremendo golpe en el pecho y, como si viniera de muy lejos, una explosión.

El estampido se repitió cuando él todavía vacilaba sobre sus piernas, ya

con la muerte en las entrañas. El nuevo impacto le arrojó contra los cristales, y pegado a ellos, se deslizó al suelo lentamente.

El auricular escapó de sus dedos y golpeó la cabina. La voz de Edd Howard rugía el nombre de Sam una y otra vez.

El asesino, convertido otra vez en una sombra, se perdió en la noche antes de que nadie hubiera podido acudir atraído por los estampidos de los disparos.

De todas maneras, nada de eso le importaba ya a Sam Sands, porque para entonces estaba muerto, con dos balazos en el pecho y la sangre empapando sus ropas como una gran rosa roja que crecía en mitad de su camisa.

* * *

Madero lanzó una catarata de sonoros y floridos juramentos en su idioma.

—De manera que dijo que era el tipo de la cicatriz —gruñó.

Edd asintió.

—Por lo visto le mató después de decirme eso.

—Pero, ¿por qué le llamó a usted y no a la policía?

—Yo soy policía, capitán.

—No me venga con que es un tipo quisquilloso ahora. Ya sabe lo que quiero decir.

—Lo sé, pero le repito que Sam llamó en mi calidad de policía. Se vio amenazado y no tenía tiempo de buscar el número de la Seguridad Nacional, así que llamó al hotel porque allí estaba alguien que era también policía.

—Comprendo... Quisiera comprender igualmente la razón por la que le mataron.

Miró con disgusto a los camilleros que se llevaban el cadáver, el numeroso círculo de mirones que casi cerraban la calle, los agujeros de las balas en el cristal...

—Ojalá le hubiera apretado los tornillos esta noche —rezongó Howard entre dientes.

—Usted no pudo prever que sucedería esto.

Edd refunfuñó, disgustado.

Los mirones comenzaban a disgregarse. Madero dijo:

—Ya no queda nada que hacer aquí. ¿Qué le parecería un buen café?

—Cuando quiera.

Se alejaron por la acera hasta encontrar un bar abierto. Madero murmuró:

—Si no fuera porque me apetece tomar café en paz, clausuraría este

tugurio —rió el policía—. A estas horas debería estar cerrado.

Tomaron café, y Howard dijo para romper el silencio:

—Esta noche he tenido una conferencia con mi jefe.

—¿Y...?

—Bien, ha quedado rugiendo y bufando. Le he pedido una serie de datos y algunas fotografías.

—¿Qué fotos?

—Las de los tipos que se vieron implicados en el último servicio de Miller. Quizá quedó alguno libre y ha querido vengarse. La cicatriz le delatará en todo caso. Era una pandilla muy bien organizada.

—¿Quiere hablarme de este asunto?

—¿Por qué no? Empezó con el atraco a una factoría metalúrgica. Fue un golpe planeado como una operación militar. No lo habrían hecho mejor nuestros estrategas del Pentágono. Lo llevaron a cabo a fines de año, cuando en las arcas de la empresa se acumulaban nada menos que tres millones de dólares. Mataron a los vigilantes. Utilizaron poderosas «lanzas térmicas» para destruir la cámara acorazada, tan sólida como la de cualquier Banco. El caso le correspondió a Miller, y desde un principio lo tomó como cosa personal.

—¡Tres millones! —jadeó Madero—. ¡Tres millones de dólares! ¿Lograron llevárselos?

—¡Naturalmente que se los llevaron! Limpiaron la caja y desaparecieron. Miller empezó a trabajar. Utilizó todos los recursos, sin reparar en los medios. Presionó a los confidentes, rastreó los bajos fondos, exprimió a cualquier degenerado de los que pululan en los más sucios vertederos... Y obtuvo una confidencia.

—¿Fidedigna?

—Al principio fue solo un rumor, algo que era preciso tratar con extremado cuidado para no espantar la caza. Pero al cabo de un mes, Miller estuvo seguro. Yo y un detective de primera, llamado Norman le acompañamos aquella noche. Acorralamos a la pandilla y capturamos a tres vivos. El cuarto miembro murió en el tiroteo. Le aseguro que fue una batalla en toda regla.

—¿Y el dinero?

—Ahora llegamos a eso. La pandilla estaba formada por cuatro tipos llamados Paul Melford; Osborn; Cassel y Gaylord. Todos con unos historiales delictivos más largos que el canal de Panamá. Hombres duchos, tan duros como el que más y perfectamente dueños de sus reacciones. Ni por un momento pudimos confundirlos en los interrogatorios.

—¿No confesaron acaso?

—¿Confesar? No les conoce. Negaron desde el principio. No hubo forma de vencer su testarudez. Miller estaba como loco porque consideraba aquello como una cuestión de prestigio. Al final incluso el capitán le paró

los pies porque se excedió en sus métodos, dejando a un par de aquellos bastardos muy mal parados. Sin embargo, fueron condenados a quince años por un jurado que comprendió las triquiñuelas de los abogados y el cínico descaro de los cuatro fulanos.

—Pero el dinero no apareció.

—Ni rastro. Pensaron que quince años, con los probables indultos, las reducciones y todo lo demás, pasan pronto, y que después de la cárcel, tres millones contantes y sonantes son dinero suficiente para recuperar el tiempo perdido.

—Entonces, esos individuos están ahora en la penitenciaría.

—En San Quintín, pero solo quedan tres. El cuarto se suicidó ahorcándose con su cinturón. Por cierto, que su muerte desencadenó una polvareda, porque aquella tarde, Miller había estado en la cárcel sometiéndolo a otro de sus expeditivos interrogatorios. Se dijo que el tipo, Gaylord, se ahorcó para evitar que Miller volviera a presionarle tan brutalmente, y porque temía que con otra sesión semejante no pudiera resistir y acabase confesando el escondrijo del dinero. Miller pareció volverse rematadamente loco, jurando y mascullando que mataría a esos bastardos aunque tuviera que esperar los quince años completos.

—Eso nunca da resultado. Uno se echa a la opinión encima, sobre todo en un país como el suyo.

—Y eso fue lo que sucedió. Los periódicos comenzaron a escandalizar. Hubo reportero que fabricó verdaderos seriales. Se llegó a decir que la pandilla la formaban cinco hombres y no cuatro, y que el quinto era quien tenía el dinero. Pero lo cierto es que nadie lo creyó.

—Así que a pesar del éxito, el dinero sigue sin aparecer.

—Ni aparecerá. Miller fue felicitado y eso le consoló en parte por su fracaso en desenterrar la fortuna, pero hasta que esos tres granujas cumplan sus condenas estoy seguro de que nadie volverá a oír hablar del tesoro.

—Entiendo. Pero déjeme decirle que aquí, en nuestro edificio de Segurnal, habríamos obtenido una confesión detallada de esos tipos, por duros que fueran.

—Sí, ya sé, pero nosotros no podemos utilizar sus métodos, capitán. Los periódicos nos despellejarían.

—Claro, claro... Así que Miller se tomó sus vacaciones y vino aquí después de ese asunto.

—Exactamente. Pero no era feliz a pesar de todo. Consideraba que había fracasado y eso quedó clavado en él como una espina.

Durante unos instantes. Madero guardó silencio, reflexionando muy pensativo.

Y de pronto dijo:

—Supongamos que quienes afirmaron que la banda estuvo formada por

cinco hombres, estuvieran en lo cierto, y que el quinto, un desconocido del que nadie sabe nada, decidió vengar a sus compañeros, especialmente habiendo muerto uno de ellos a raíz de un interrogatorio de Miller.

—¿El hombre de la cicatriz?

—Puede ser el quinto. Por eso, cuando se lo describieron al teniente empezó a preocuparse.

—Lo dudo. Nunca se preocupaba por estos asuntos. Lo habría considerado como una debilidad.

—Bueno, supongámoslo —insistió Madero—. Miller pudo decidir acabar aquí el caso que empezara en San Francisco, solo que esta vez le ganaron por la mano y la venganza del hombre de la cicatriz se consumó.

—Eso indicaría que Miller está muerto...

—Y posiblemente enterrado en la selva. Es el mejor lugar del mundo para hacer desaparecer un cadáver.

—No puedo aceptar la idea de que un hombre solo pudiera vencer a Miller. Era un diablo luchando, y astuto como mi zorro. Podría contarle hazañas que le asombrarían.

—A veces es cuestión de suerte.

Howard se encogió de hombros, impaciente.

—Si sucedió así, le aseguro que cazaré a ese bastardo de la cicatriz y le ajustaré las cuentas.

Madero le observó con el ceño fruncido. Después sonrió y dijo en un murmullo:

—Está en su derecho. Nosotros no tenemos pena de muerte, ¿sabe? Sólo en casos muy excepcionales un tribunal sentencia a alguien a la última pena. De todos modos, aún nos falta obtener alguna prueba que nos permita estar seguros de que el hombre de la cicatriz es realmente el responsable de la desaparición del teniente Miller.

Edd convino en que eso era cierto, pero para su fuero interno se juró que si podía echarle el guante al misterioso individuo, obtendría de él una confesión completa aunque se viera obligado a despellarlo vivo.

Después de todo, estaba muy lejos de su jurisdicción, donde podían interferir en su trabajo hasta los más ineptos reporteros.

Madero se despidió, pretextando que le aguardaban importantes asuntos que la muerte de Sam Sands solo había hecho que complicarlos, así que Edd se encontró solo en la acera, con los últimos curiosos mantenidos a distancia.

Decidió regresar al hotel y echó a andar, preocupado y furioso.

Miller había sido un buen camarada. Le ayudó en sus primeros pasos como oficial, y disimuló muchos de sus fallos de novato ahorrándole infinidad de tropiezos con sus jefes. Eso era algo que no podía olvidarse.

Si el fulano de la cicatriz caía en sus manos, en su cuerpo aparecerían otras muchas más profundas, reflexionó.

Cuando llegó al hotel todo estaba silencioso y desierto. Probó en el bar principal y comprobó que lo habían cerrado mientras estuvo ausente.

Se maldijo porque sin duda esa no era su noche. Había perdido la oportunidad de convencer a Lola, la fulgurante pelirroja.

Sólo imaginarla sentía escalofríos. Y compartir la habitación con ella sería tanto como alcanzar el paraíso con la mano.

Y habían cerrado el bar y ella debía haber marchado a su casa, tal vez pensando en él...

Abrió la habitación y entró, cerrando la puerta a sus espaldas.

La voz de Lola le llegó suave y amortiguada por la distancia:

—No enciendas la luz, polizonte... Me encanta la oscuridad.

Petrificado de estupor, Edd se despojó de la chaqueta. Una lechosa claridad penetraba por entre los pliegues de las cortinas que cubrían el balcón abierto. El aire las mecía suavemente, un aire cálido que impregnaba la atmósfera con indefinibles aromas del jardín.

Pero por encima de todos los aromas flotaba la fragancia de un turbador perfume, tan suave que parecía un sueño, y tan turbador como un sueño oriental.

—¿No vienes? —urgió la voz.

—Sí...

Atravesó la salita. Por unos instantes temió que el bello sueño fuera solamente una celada en la que se disponía a caer como un pardillo.

Instintivamente acarició la culata del revólver. Su fiel «38» estaba allí, en su funda, esperando entrar en acción...

Cruzó el umbral del dormitorio y avanzó. Apenas pudo distinguir la vaga silueta en el lecho.

Después de todo, no era ninguna trampa.

CAPITULO VII

Poco antes de amanecer, Howard abrió los ojos y comprobó que el maravilloso sueño pelirrojo había desaparecido, pero quedaba el aroma de su cuerpo y la fragancia de un perfume como no existía otro flotando suave en el aire quieto de la habitación.

Volvió a dormirse y cuando despertó de nuevo eran casi las nueve de la mañana.

Dio un salto fuera de la cama. Pensó que si el capitán Chadwick llegaba a enterarse de su manera de llevar el caso, con pelirrojas aventuras por en medio, daría tal salto que tocaría el techo. Luego, quien saltaría sería él, pero un salto que le llevaría en un vuelo hasta la calle, vistiendo otra vez el uniforme de guardia trotando por las aceras.

La ducha le despejó. Vistiéndose, siguió pensando en Lola, en su apasionamiento, en sus enloquecidas frases de amor, y por encima de todo, en su suerte al haberla conocido.

Desayunó apresuradamente. Vio al botones pálido y pecoso y observó que el muchacho rehuía su mirada.

Era indispensable que pudiera temer una parrafada con él.

Cuando se levantó, el muchacho había desaparecido, pero eso era algo que podía esperar. Estaba seguro que Miller no habría limitado sus ataques amorosos a las chicas del bar, sino que habría ampliado su campo de acción a la numerosa exhibición que pululaba por la piscina.

Una corta conversación con los camareros que atendían las mesas en torno a la piscina le reveló qué mujeres de las que acostumbran a pasarse la mayor parte del día allí fueron las beneficiarias de las atenciones del desaparecido.

Dedicó el resto de la mañana en hablar con unas y otras. Todas recordaban a Miller, y lo asombroso era que le recordasen con nostalgia. No cabía duda que el rudo policía era un caso excepcional en lo tocante a mujeres.

Pero eso fue lo único que sacó en claro de todas aquellas entrevistas.

Eso y un nerviosismo exacerbado por la incesante proximidad de cuerpos de todos los tamaños y medidas, coronados por cabelleras de cualquier color exótico. Vio bikinis de mil modelos distintos, pero ninguno de proporciones suficientes para cubrir tanto como era de esperar.

Así que se fue al bar y pidió un *whisky* doble para reaccionar de la especie de postración nerviosa en que se encontraba.

A esas horas todo el ajeteo de bebedores estaba fuera, en la piscina y los bares al aire libre, de modo que en el principal, sumido en una fresca penumbra, no había más clientes que él a este lado de la barra, y en el otro la camarera rubia con la que todavía no había hablado.

Aprovechó la ocasión invitándola a beber.

La muchacha no tenía nada que envidiar a las del exterior en cuanto a curvas y encanto sensual. Sus ojos semejaban reír, y daba la sensación de poder reírse hasta de su propia sombra.

—¿Míster Miller? —exclamó ante la primera pregunta—. Un hombre virilmente encantador...

—Pero que ha desaparecido. Y yo he venido aquí para tratar de localizarlo si es posible.

—Lo sé, pero no creo que yo pueda ayudarle.

—Inténtelo por lo menos.

Sacudió la cabeza.

—Es inútil. No es el primer extranjero que desaparece, usted sabe. Hay terroristas, y guerrilleros sueltos por todas partes. Y no solo en Venezuela. Cualquier país latinoamericano está en la misma situación. Secuestros, asaltos...

—Pero cuando esos guerrilleros secuestran un extranjero es para canjearlo por compañeros suyos prisioneros. Y hasta ahora, después de todos esos días, no han dicho una palabra al respecto.

—Quizá míster Miller se resistió y tuvieron que matarle —aventuró la rubia con un estremecimiento—. Él no era un hombre capaz de someterse a nadie, porque...

Edd la interrumpió, fastidiado.

—Sí, ya sé; su atractivo y rudo carácter...

—Viril diría yo —puntualizó la muchacha con un pícaro brillo en sus hermosos ojos azules.

Edd maldijo a Miller para sus adentros por primera vez. Cualquier cosa que le hubiera sucedido debía habérselo buscado por su afán de meterse en líos.

Firmó la nota y se despidió de la rubia sin haber adelantado un solo paso.

En el arco de entrada casi tropezó con una hermosa dama que reconoció en el acto. Era la esposa del potentado señor Diéguez.

Llevaba un bikini casi invisible y echado sobre los hombros, una corta salida de baño que apenas le llegaba a los muslos.

Ella se detuvo, indecisa. Edd dijo:

—¿Señora Diéguez?

—Sí, pero...

—Me llamo Howard. Vine para tratar de descubrir lo que le sucedió a Wald Miller.

—¡Oh!

—Usted le conoció, ¿no es cierto?

—Como la mayoría de huéspedes del hotel.

—No son estas mis noticias.

Ella se volvió cuando ya iniciaba la retirada.

—¿Qué pretende decir con eso?

—Miller estuvo asediándola. No se lo reprocho porque es usted una de las bellezas más perfectas que he conocido jamás. Quizá se pasó de rosca en este caso, porque también posee usted clase y es de eso que quisiera hablarle.

—No hay nada que yo deba hablar con usted. Míster Miller fue para mí un huésped cualquiera.

—¿Está segura?

—No le consiento que...

—Cálmese. Pero se me ocurre que quizá su esposo consideró la cosa de distinta manera. Es un hombre orgulloso, altivo, despótico me atrevería a decir. Si les sorprendió a ustedes pudo decidir que su honor exigía una venganza inapelable...

—¿Se atreve a decir que Wald Miller y yo...?

—Es solo una conjetura.

—Entonces, vaya y expóngala a mi esposo. Lo encontrará en nuestra *suite*. Y ahora, si me permite...

Pasó junto a Edd con despreciativa altivez. Soltó un juramento.

Luego murmuró:

—Después de todo, ¿por qué no?

Y se dirigió a los ascensores.

CAPÍTULO VIII

La mirada del hombre pareció flamear cuando se volvió.

—Si yo hubiese creído por un solo momento que ese individuo consiguió de mi esposa más que una correcta atención, le habría matado en mitad del salón.

—Tal vez lo hizo usted, pero no en el salón precisamente, sino en un lugar más discreto —aventuró Edd con calma.

—No lo maté —dijo con un bufido—. Pero déjeme decir que si alguien lo hizo no lo lamento. Ese individuo... Miller, era un engreído despreciable. Todavía no comprendo cómo...

Se interrumpió, como si hablar de eso le violentase. Se adivinaba una profunda repugnancia cuando nombraba al desaparecido.

—¿Qué iba a decir?

—Déjeme en paz —gruñó el acaudalado terrateniente—. Estas son mis habitaciones, y usted no tiene jurisdicción aquí. No me obligue a adoptar medidas más drásticas para verme libre de molestias.

—Tranquilo, amigo, no me confunda con uno de sus pobres colonos. Saldré de aquí cuando me convenza de que realmente usted no tuvo nada que ver con la desaparición de mi compañero.

El rostro del señor Diéguez se cubrió con un rojo subido. Sus ojos flamearon llenos de ira y se adivinó el esfuerzo que realizaba para contenerse.

—Me obligará a recurrir a mis amistades del Gobierno. Haré que le expulsen del país.

—Estoy seguro que las autoridades lo pensarán dos veces antes de complacerle. Y en caso de que pudiera lograrlo, toda la Prensa de Estados Unidos preguntaría en letras de molde cuál era el interés de usted en impedir las investigaciones, un interés encaminado a que Wald Miller no fuera localizado. Le aseguro que para doblegarme a mí se necesita algo más que un presuntuoso y despótico cacique rural.

Diéguez pareció a punto de sufrir un ataque. Sus manos temblaban y su rostro estaba rojo como un pimiento.

—¡Salga de aquí!

Edd se arrellanó en una butaca y encendió un cigarrillo.

—Tengo la certeza de que Miller estuvo aquí, en esta habitación.

Alguien le vio entrar y salir y...

Con un rugido, el hacendado se precipitó hacia una mesita. Abrió un cajón y cuando se volvió empuñaba una pistola automática.

Sólo que tuvo una sorpresa al encontrarse encañonado a su vez por el mortífero cañón del «colt» Cobra que Howard había sacado a relucir.

—Bueno —dijo el teniente—. ¿Quién dispara primero? Le aseguro que le daré preferencia, pero aunque me meta una bala usted no se irá de vacío.

Congestionado, el hombre se tambaleó, balanceando la pistola.

Por unos instantes, Edd temió que se decidiría a disparar.

Luego, poco a poco, el brazo armado descendió y la automática quedó apuntando al suelo.

—¿Es esta la pistola con que mató a Miller? —preguntó suavemente Howard.

—Le repito que yo no le maté —su voz denotaba una enorme tensión—. Pero le mataré a usted si continúa con semejante actitud. Lo haré a pesar de su revólver.

—No podría. Voy a decirle algo, señor. Si intenta solo levantar esa pistola quien disparará seré yo. Y no bromeo. No les consiento que me traten así ni siquiera a los rateros de mi país, a pesar de que, a mi juicio, ellos merecen mi respeto con más méritos que usted... porque por lo menos se juegan el físico para sus chanchullos. Usted no arriesga nada. Tiene poder, influencia. Sólo que no le sirven conmigo.

—¡Maldito sí...!

Intentó levantar la automática. El revólver llameó con un rugido y la bala pasó tan cerca de la cabeza del potentado que este se echó vivamente a un lado. La pistola resbaló de entre sus dedos y rebotó en el suelo mientras el trueno del disparo se multiplicaba en un millón de ecos entre las paredes de la *suite*.

Diéguez retrocedió y acabó derrumbándose sobre una butaca.

—Pagaré por esta humillación —murmuró.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos, respetuosamente.

El hacendado rugió:

—¡Fuera de aquí, no pasa nada!

—Pero pareció un disparo, señor... —replicó una voz.

—¡Claro que fue un disparo! Se me disparó una pistola.

—Oh, lo lamento... ¿No se lastimó? —siguió interesándose la voz cohibida del empleado.

—¡En absoluto! ¡Déjenme en paz!

Edd sonrió entre dientes.

—No cabe duda que tiene usted autoridad, señor.

—¡Abrevie!

Edd se levantó.

—Ya terminé.

Desconcertado, el potentado se quedó mirándole como si estuviera ante un habitante de otro planeta.

—¿Ya terminó? —balbuceó—. Pero...

—Sólo quise darle un poco de su propia medicina, «señor». La verdad es que estoy seguro de que usted no mató a Miller casi desde que empecé a hablar con usted.

Enfundó el revólver y se dirigió a la puerta.

—Buenos días —dijo desde allí—. Creo que iré a dar una vuelta por la piscina... Antes he visto a su esposa que se dirigía a nadar...

—¡Trate de...!

Cerró la puerta sin esperar el final de la frase. Estaba seguro que eso acabaría de enfurecer al engreído terrateniente.

Después de algunas averiguaciones localizó al botones asustado y le citó en su habitación.

El muchacho entró, tan pálido como de costumbre.

Edd, sin rodeos, le espetó:

—¿Por qué tienes miedo de mí?

—¿Miedo de usted, señor?

—No lo niegues. Vengo observándote desde que te vi por primera vez y no me cabe duda. Tú tienes miedo. Un miedo cerval. ¿Por qué?

El muchacho trató de mirar a todas partes menos a su interlocutor.

Edd cambió de táctica.

—Escucha —dijo, suavizando la voz—. Puedes confiar en mí. Si bien soy policía en mi país, aquí no tengo jurisdicción. Sólo vine a buscar a mi compañero desaparecido y estoy seguro de que tu miedo está relacionado con esa desaparición, de lo contrario no me temerías a mí, sino a la policía de tu país, si es que hiciste algo delictivo.

El muchacho, extremadamente nervioso, casi gimió:

—¡No fue nada importante!

—Está bien, entonces lo olvidaré tan pronto me lo hayas dicho. A menos que deba utilizarlo para encontrar a Wald Miller, por supuesto.

Tras una larga pausa, el muchacho musitó:

—¿Promete no decir una palabra a la dirección del hotel, ni al capitán Madero?

—Palabra de honor.

El botones suspiró. Dejó de restregarse las manos una contra la otra, y desviando la mirada, murmuró:

—Yo tengo en mi poder el billetero de míster Miller.

—¿Qué?

—Lo encontré, señor. Nunca pensé robar nada... No fue un robo en ninguna forma —trataba de justificarse a sí mismo más que otra cosa—. Lo encontré...

—Vayamos por partes y cálmate. No van a encerrarte por eso.

—Sí, sí, señor... Ahora me alegro de haberlo confesado. Desde que encontré ese billetero no he tenido tranquilidad. Y cuando usted llegó...

—El billetero —le apremió.

—Sí... Estaba tirado en el suelo de esta habitación. Allí, entre la butaca y la pared.

—¿Cuándo lo encontraste? ¿En qué día?

—La mañana en que míster Miller ya había desaparecido. Aquella noche nadie durmió aquí, de eso estoy seguro. Verá... Yo pasaba por el pasillo a primera hora cuando vi la puerta de esta habitación solo entornada. Eso no es correcto y llamé con los nudillos. Como no me respondieron, entré.

—¿Y...?

—La cama estaba intacta, a pesar de que era demasiado temprano para que las camareras la hubieran hecho. Vi que todo estaba en orden, y ya me disponía a marcharme cuando vi la cartera, aunque no me atreví a tocarla entonces, creyendo que el huésped iba a volver de un momento a otro. No obstante, la tentación me impidió sacarla del rincón y colocarla sobre la mesita.

—Así que te fuiste, cerrando la puerta.

—Justamente. La camarera vio que la habitación no había sido usada y apenas si sacó el polvo del baño. Luego, cuando me enteré que míster Miller había desaparecido, la tentación me venció. Tomé una llave y subí... Allí estaba la cartera todavía.

—Está bien, olvidaremos el incidente porque estoy seguro de que jamás volverás a hacer nada semejante...

—¡Puede asegurarlo, señor!

—Ahora, ¿dónde esté ese billetero, o cartera?

—Lo guardo en mi casa, señor.

Edd suspiró.

—Iremos a buscarlo después. ¿Qué es lo que contiene?

—Más de dos mil dólares, señor, y unos papeles, aparte de todos los documentos de míster Miller.

—Así que los documentos, ¿eh? Y dos mil dólares... Maldito si lo entiendo.

—Yo termino mi turno de mañana a las doce. Si está usted dispuesto, le aguardaré junto a la entrada a los jardines.

—Está bien. Y recuerda que nunca debes intentar nada de eso otra vez.

El muchacho salió apresuradamente.

¡Dos mil dólares!

Edd se preguntó de dónde los habría sacado Miller, porque estaba seguro que no procedían de sus cheques de viajero. Además, los últimos que había cobrado sirvieron para cancelar su cuenta...

De lo que sí estaba casi seguro ahora era de que Wald Miller ya no vivía. Nadie se marcha, sea por la razón que fuere, incluso para esconderse, dejándose atrás toda su documentación, sin hablar de los dos mil dólares que hubieran podido sacarle de más de un apuro si realmente se sentía acorralado.

Pero, ¿acorralado por quién?

Howard maldijo entre dientes y se paseó de un lado a otro de la sala. Faltaba mucho tiempo todavía para las doce, y estaba considerando la oportunidad de dirigirse de nuevo a la piscina cuando sonó el teléfono.

Descolgándolo, escuchó la voz del capitán Madero.

—He mandado un auto a recogerlo, mi amigo. Ha surgido algo importante.

—¿Qué tan importante, capitán?

—Lo verá por sí mismo, pero lamento poder adelantarle que ese nuevo descubrimiento no hace más que confirmar nuestros temores de que mister Miller está muerto...

—¿Sabe el chófer de ese coche adonde debe llevarme?

—En efecto. Me encontrará esperándolo.

Un chasquido cortó la comunicación.

Edd descendió al vestíbulo. Si Miller había muerto poco le quedaba por hacer en Caracas.

Lamentó profundamente que su estancia hubiera sido tan corta...

Y lo lamentó todavía más cuando se acordó de Lola y de su apasionamiento. Jamás había conocido a una mujer como ella.

CAPITULO IX

Había una concentración de autos policíacos al pie de la colina, y numerosos agentes con el uniforme de la Guardia Nacional mantenían a raya a una multitud de gentes que se apelotonaban formando un semicírculo.

En la ladera de las colinas se amontonaban, informes, millares de ranchitos, las miserables y tristes barracas habitadas por una ingente legión de desaharrapados, desheredados de la fortuna que habían llegado del interior buscando la prosperidad de la capital y encontraban solo una inhumana marginación, una despiadada indiferencia.

El «Cadillac» de Madero conducido por su chófer se abrió paso casi aplastando la barrera humana que cercaba el lugar. El capitán se adelantó al encuentro de Edd y estrechó vigorosamente su mano.

—¿De qué se trata? —preguntó éste.

—Venga...

Más allá de los coches oficiales había uno, un «De Soto» sucio de polvo. Lo primero que Howard vio fueron los orificios de bala en los cristales y en el metal de la carrocería.

—Lo atacaron con fuego de metralleta —explicó el capitán con voz sorda—. Hay sangre en el asiento delantero... Y hemos encontrado esto en el coche...

«Esto» era una extraña metralleta como Edd no recordaba haber visto otra.

—¿Qué clase de arma es ésta? —gruñó.

—Fabricación soviética. Las armas que utilizan los guerrilleros. Las reciben de Cuba.

—¿Se sabe cuándo fue tiroteado el coche?

—Bueno, hace algunos días. Estaba oculto en una choza abandonada y hasta hoy no lo descubrieron unos chiquillos, mientras jugaban.

—Lo que no entiendo es qué tiene que ver todo esto con Miller.

—He averiguado que este coche lo alquiló Wald Miller. La agencia no volvió a saber una palabra de él desde que se lo llevó.

—Ya veo...

—Analizaremos la sangre, por supuesto. Pero apostaría que pertenece al grupo de Miller, aunque la de la metralleta puede ser de uno de los

asaltantes. El debió defenderse encarnizadamente y logró herir a alguno de sus enemigos.

—Pero, ¿por qué le atacaron los guerrilleros?

—Eso, mi amigo, me temo que no lo sabremos nunca. Tal vez Miller, por casualidad, descubrió un suministro de armas. Cualquiera sabe. Lo que ya no parece ofrecer dudas es que ha muerto.

—Informaré a mis jefes. Y a Vivian —recordó de pronto—. Ella debe saberlo también.

—Naturalmente. ¿Quiere examinar el coche personalmente?

—¿Para qué? Estoy seguro que usted ha hecho un buen trabajo, capitán.

—Hemos formulado algunas preguntas a la gente que vive en las inmediaciones, pero sin resultado alguno. Ninguno de ellos movería un dedo para ayudar a la policía. En realidad —añadió, furioso—, estamos convencidos de que muchos de los guerrilleros urbanos que aterrorizan Caracas se esconden en este mar de basura.

Edd sintió tentaciones de replicar, pero lo dejó correr porque no era el momento ni la ocasión de meterse en berenjenales.

De todos modos, tampoco hubiera podido discutir mucho, porque un agente acudió corriendo anunciando que había llamada urgente para el capitán.

Este se acercó al «Cadillac», tomó un auricular y tras maniobrar unas clavijas se identificó.

Cuando volvió a salir del coche su rostro estaba tenso.

—Más complicaciones —rezongó.

—¿Relacionadas con este caso?

—Cualquiera lo sabe. Hal Ridge fue asesinado anoche. Su cadáver acaba de ser descubierto, tirado entre unos matorrales al borde de una carretera secundaria.

—¿Hal Ridge? —murmuró Edd tratando de identificar aquel nombre en su memoria—. ¿Quién era ése?

—Recuerde... El compañero de mesa de su compatriota Sam Sands.

—¡Infiernos! Parece que hay alguien dispuesto a darle mucho trabajo, capitán.

—Sí, eso me temo. Acompáñeme. Tal vez haya algo que le relacione con este caso y le interese a usted saberlo para informar a sus superiores.

El «Cadillac» salió zumbando, despreciando todas las leyes de tráfico habidas y por haber.

Fue un trayecto de pesadilla que terminó en una estrecha carretera del interior, retorcida y empinada, en la que esperaban un autopatrulla, una ambulancia y dos motoristas de la policía.

—¿Lo han tocado? —gruñó Madero.

—No, señor. Lo descubrimos al pasar en un recorrido de patrulla. Sólo

miramos en sus bolsillos hasta encontrar la documentación para saber de quién se trataba. Le pegaron dos tiros en la nuca.

—Una ejecución en regla —rezongó Madero entre dientes—. A este paso, el hotel Nacional va a encontrarse pronto sin clientes.

El médico que había llegado con la ambulancia gruñó:

—Hace más de diez horas que está muerto... Posiblemente unas quince. Ampliaré el informe cuando le haya practicado la autopsia, capitán. ¿Es importante este caso?

—Puede serlo, y mucho.

—Lo tendré en cuenta. ¿Pueden sacarlo de ahí?

—Sí, que lo hagan. Quiero ver qué hay en sus bolsillos.

No había mucho, pero uno de los papeles interesó al capitán, que se retiró unos pasos para releerlo con tranquilidad. Edd advirtió el chispazo que relampagueaba en sus ojos durante un fugaz instante. Después, Madero se quedó quieto, reflexionando con el ceño fruncido.

—Más complicado aún —refunfuñó al final—. Si Miller se mezcló de algún modo en este asunto no me sorprende que decidieran hacerlo desaparecer.

—¿Por qué?

—Este individuo —dijo, señalando el cadáver— era un traficante de armas. Abastecía a los guerrilleros, por lo que se desprende de esta nota que encontré en el forro de su cartera. Casi podemos asegurar que Millar descubrió algo de esto y trató de aclararlo por su cuenta.

—Es posible. Sin embargo, hay facetas de este caso que todavía no están lo suficientemente claras. ¿Qué pinta aquí el hombre de la cicatriz? Parece que el asunto, para ellos, no está cerrado todavía.

—Vigilan. Quieren saber si avanzamos en la buena dirección, eso es todo. Pueden llevárselo —dijo, y los camilleros de la ambulancia se apresuraron a obedecer. Ellos también ansiaban largarse y huir del violento sol que caía vertical sobre sus cabezas.

Howard rezongó:

—Al principio no había una maldita pista, y de repente aparecen demasiadas, confundiéndolo todo.

—¿Confundiéndolo? —replicó Madero—. Ahora sabemos que Miller está muerto, y que los malditos terroristas son los responsables. Sospecho que sus superiores no van a sentirse satisfechos precisamente, mi amigo...

—Eso puede jurarlo.

Regresaron al centro a la endiablada velocidad que parecía ser norma para todos los conductores. Edd se apeó en el hotel mientras el capitán proseguía su camino directamente hacia la sede policíaca.

Howard entró al sombreado vestíbulo, sorprendiéndose cuando vio a Vivian salirle al encuentro con el rostro lleno de ansiedad.

—Ya desesperaba de que vinieras... ¿Se sabe algo, Edd?

—Me temo que sí.

—¿Lo temes...?

—Ven.

La acompañó a unas butacas que había en un extremo, lejos de oídos indiscretos.

Una vez allí le contó en pocas palabras todo lo sucedido. Ella encajó las noticias con admirable entereza. Cuando él calló murmuró con voz ronca:

—Creo que en el fondo siempre estuve convencida de que estaba muerto, Edd. Pero debía asegurarme, para mi tranquilidad. Ahora por lo menos sé que no debo albergar esperanzas.

Él no replicó hasta pasados unos instantes, y entonces comentó:

—El pobre Wald ya no podrá conocer Río como soñaba.

—¿Qué?

—¿No te habló de eso? Muchas veces me dijo que quería ir a Río de Janeiro, conocerlo, y si alguna vez se retiraba irse a vivir allí. Creo que alguien le estropeó los planes.

—Pobre Wald... Pero estoy segura que por lo menos murió luchando.

—Sin duda. Se encontró la metralleta de uno de los asaltantes, abandonada y manchada de sangre.

Tras unos instantes ella preguntó:

—¿Vas a regresar a San Francisco ahora, Edd?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? En cuanto informe eso será lo que me ordenarán que haga.

—Yo también me iré, aunque quizá demore unos días mi marcha. Me siento tan vacía ahora...

—Lo comprendo perfectamente.

El consultó el reloj de pulsera. Faltaban solo unos minutos para las doce.

—Debo dejarte ahora. Tengo algo importante que hacer todavía.

Se estrecharon las manos y ella retuvo la de él más tiempo del debido.

—Siempre te recordaré, Edd...

—Quizá nos veamos en Frisco.

—Me alegraría. Oye, ¿es muy urgente lo que tienes que hacer ahora?

—Lo es. Y muy importante.

—Está bien, no era más que una idea. Si no vuelvo a verte antes que regreses...

Empinándose sobre sus pies, rozó sus labios y él sintió como una descarga eléctrica al contacto de su boca. Después, ella abatió la cabeza y se fue.

Edd preguntó en conserjería si había llegado algo para él. Le dijeron que sí y tras unos instantes de espera le entregaron un sobre.

Se retiró para abrirlo y sacó un par de hojas de papel de avión escritas a máquina y seis fotografías tamaño carnet.

Cuatro de ellas correspondían a los atracadores a quienes Miller encerró, incluyendo la de Gaylord, el pistolero que se ahorcó en su celda.

Las otras dos fueron como un mazazo para él.

Una era de un individuo que según constaba al dorso se llamaba Otis Bray, y del que se sospechaba que era el quinto miembro de la banda desarticulada por Miller. No hubo pruebas contra él, y además nunca fue detenido por haber desaparecido de la ciudad.

El tal Otis Bray tenía una fina cicatriz en la mejilla.

La otra fotografía fue la que más le impresionó.

Era la fotografía de Vivian Doran.

Leyó rápidamente el informe escrito en las dos hojas de papel. Sus facciones se endurecieron bruscamente y la acerada mirada de sus ojos centelleó llena de ira.

Después de guardárselo todo en los bolsillos, corrió al encuentro del botones, que ya le esperaba.

—Le confieso que estoy impaciente por desprenderme de la cartera, señor —dijo—. Desde que la tengo en mi poder no he gozado de un minuto de paz.

—Eso te enseñará para otra ocasión. Recuerda siempre esto, muchacho; el crimen no compensa jamás.

Tomaron un taxi y el chico le dio una dirección.

La casa donde vivía el botones era un edificio de tres plantas, en un barrio extremo. Una casa vieja y destartalada frente a la que el taxi se detuvo.

Edd pagó, apeándose.

En aquel instante un arma tronó y la bala aulló al estrellarse contra la pared, a su espalda, muy cerca de su cabeza.

El taxista chilló y salió disparado. Su brusca arrancada tumbó al botones sobre la acera en el instante en que los disparos se repetían y los proyectiles zumbaban, buscándoles.

Edd había rodado por el suelo con el revólver en la mano. Se arrastró apresuradamente hacia el portal del edificio, gritando:

—¡No te muevas de ahí, chico! ¡Ese coche te protege por el momento!

Trató de ver desde dónde le disparaban y no tardó en descubrirlo. Un coche se hallaba detenido en el centro de la calzada. De la ventanilla delantera brotó un fogonazo y esta vez la bala casi le acertó.

—¡Maldito...!

Levantó el revólver y disparó dos veces rápidamente. El cristal del parabrisas saltó en pedazos. Oyó un chillido y la pistola del coche retumbó ahora rápidamente, mientras en toda la calle sonaban gritos y la gente corría, arremolinándose en las entradas de las casas.

Edd había logrado guarecerse en el quicio de la puerta. Desde allí, pegado a la pared, envió otros dos plomos hacia el coche. Sus balas se

cruzarón con las del pistolero y le mandó otra afinando la puntería.

Oyó un grito agudo y el coche parado se estremeció, pero no se puso en movimiento a pesar de que el motor estaba funcionando.

Olvidándose que su revólver estaba vacío, Edd salió de su escondite, y agazapado, recorrió la acera hasta parapetarse detrás de un coche.

Desde allí preguntó:

—¿Estás bien, chico?

—Creo... Creo que sí...

—Si no estás seguro deberías comprobarlo, no sea que te hayan volado la cabeza sin que te dieras cuenta... No asomes las narices todavía.

En el coche no había el menor movimiento. Lejos aún, empezó a oírse un agudo silbato policíaco.

Llenándose los pulmones de aire, Howard brincó fuera de la protección del auto estacionado y en dos saltos estuvo junto al otro. Asomó el cañón del revólver y la cabeza por la ventanilla todo a un tiempo.

Había un hombre hecho un ovillo sobre la alfombrilla delantera, enredado entre las hermosas piernas de Vivian, cuya cabeza descansaba sobre el volante. La sangre se deslizaba de su cuello hacia el profundo escote que ahora había perdido todo su encanto.

La bala que destrozó el parabrisas la había abatido también, impidiendo así que el coche escapara.

Abrió la portezuela. El tipo tumbado con una bala en la frente ostentaba una fina cicatriz en la mejilla.

Otis Bray, el cómplice ignorado de los pistoleros.

En aquel momento, Vivian gimió débilmente. Edd corrió dando la vuelta al vehículo y abriendo la portezuela del otro lado.

—¿Me oyes, Lily? —gruñó.

Sin moverse, ella musitó:

—Lily... así que... que lo sabías...

—Lo supe después que te marchaste del hotel, cuando era demasiado tarde para detenerte. Había un mensaje y unas fotografías en recepción.

Ella emitió un sordo estertor, algo entre gemido y sollozo.

—Dime... —jadeó—. ¿Es cierto que... que está muerto?

—Sí.

—Bien...

—Tú eras la amante de Otis Bray, Lily, y él el único componente de la pandilla que quedó con vida. ¿Vinisteis aquí para matar a Miller?

—No hagas preguntas idiotas.

—No, claro...

Dos policías llegaron al trote, amenazadores. Edd se volvió hacia ellos mostrándoles sus credenciales, pero no le habrían servido de mucho si no hubiese añadido:

—Telefoneen al capitán Madero, de Segurnal. El responderá por mí, y

es más, vendrá en unos minutos.

Uno de los guardias se alejó corriendo, pero el otro se mantuvo a la expectativa.

Edd se ocupó de nuevo de Vivian, o Lily Kraft, como sabía ahora que se llamaba.

—¿Puedes oírme, muchacha?

—Sí... Pero esto se acaba...

—Tal vez los médicos puedan hacer algo por ti. Dime, ¿por qué tu compinche mató a Sam Sands?

—No pudimos hacer otra... cosa. Sam... me conocía. Temí que... que me delatara...

—Entiendo. Descansa ahora. No tardará en llegar un médico.

—No... Demasiado tarde... ¡Edd!

Se estremeció violentamente, antes de sufrir una horrible contracción. Después se relajó y quedó inmóvil.

Estaba muerta.

Edd Howard se irguió y buscó un cigarrillo con dedos que no estaban muy seguros. En el fondo, sentía una honda amargura por haber matado a aquella hermosa mujer, a pesar de saber que al final ella y su amante y cómplice habían intentado matarle a él.

De pronto se acordó del botones y despegándose del coche le advirtió al guardia que cuando llegara el capitán Madero le dijera que estaba en la casa de enfrente, donde el muchacho le aguardaba.

Sin esperar respuesta, cruzó la calle. El botones balbució:

—¿A quién querían matar, a usted o a mí, señor?

Sonrió.

—Sospecho que a los dos, chico.

—Eso pensé yo...

Howard le siguió a la casa pensando en los extraños giros que había dado aquel asunto. Afortunadamente, había terminado.

CAPITULO X

La cartera contenía todos los documentos personales de Wald Miller, incluida su licencia oficial de armas.

Además de los dos mil dólares en billetes de cien.

Edd refunfuñó entre dientes al ver aquel dinero. Billetes nuevos que tal vez tuvieran su propia historia.

Lo dejó todo a un lado y examinó los papeles que halló. Una factura vieja de un traje; un recibo del alquiler del apartamento que poseía Miller cerca de Nob Hill, en San Francisco, y una nota confeccionada con recortes de periódicos.

Lo olvidó todo a la vista de ella. No cabía duda que los recortes eran de diarios norteamericanos, de los que estaban bien provistos todos los vendedores de Caracas.

Pero era muy explícita:

«Esos dos mil deben bastarle para alargar sus vacaciones. No meta la nariz donde no le importa si quiere seguir viviendo. Aquí, usted no es nadie».

Eso era todo, pero resultaba suficiente.

—¿Algo importante? —preguntó Madero, detrás suyo.

Dio un respingo porque no le había oído entrar.

—Lea esto —dijo solamente.

Paseó la mirada por la nota.

—Bueno, muy explícito. ¿Qué cree que significa?

—¿Es que hay alguna duda?

—Me refiero al asunto en el que estaba metiendo la nariz.

—Oh, bueno... Quizá descubrió un grupo terrorista.

Madero sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Olvida usted que un individuo llamado Hal Ridge, traficante en armas, fue asesinado también. Yo me inclino a creer que su compañero olfateó ese negocio.

—Pudiera ser.

—Esa cartera... ¿Cómo demonios estaba aquí?

—El chico la encontró. No entiende inglés, y no se atrevió a quedarse

con el dinero. Él se ofreció a entregármela.

El botones estaba acurrucado en un rincón, temblando. Recibió una iracunda mirada del capitán, pero Edd se apresuró a despejar la situación.

—Olvídelo —dijo—. Además, le di mi palabra de que no le sucedería nada. Sería una mala publicidad para los yanquis si se corría la voz de que no cumplíamos nuestros compromisos.

—Sí, ya veo... Volviendo a esta nota, es de presumir que el teniente Miller no haría caso del consejo y siguió adelante, hasta que se encontró con una ráfaga de metralleta.

Edd asintió.

—Ahora creo que ya estoy en condiciones de presentar mi informe, capitán. Lamentaré que mi estancia en su bella ciudad haya resultado tan breve.

Madero sonrió, embolsándose la cartera con todo su contenido.

—Yo también lo siento. Si más adelante descubrimos el cuerpo, cosa que dudo, se lo haré saber para que ustedes dispongan. Ahora, si no le importa, háganme de ese fregado de ahí fuera. La muchacha...

—Una impostora. Se hizo pasar por la novia de Miller para estar cerca de mí y saber en todo momento nuestros progresos. Ellos también querían cazarlo.

Y le mostró el informe recibido, así como las fotografías.

Cuando terminó de leerlo. Madero comentó:

—Vaya tupé el de esa dama. Pero hay que reconocer que tenía valor. Pilotar ella misma el coche con que trataron de matarle... En fin, lo importante es que el asunto terminó. La próxima vez preferiría verle de vacaciones, mi amigo.

—Yo también.

Salieron de la casa. Sólo entonces el botones respiró.

Fuera, como de costumbre, la gente se amontonaba, expectante.

—Le llevaré de regreso al hotel —se ofreció el capitán—. Después, yo también habré de presentar un informe completo a mis superiores. Le confieso que están un tanto inquietos con todos esos sucesos.

—Eso me da una idea de cómo estarán los míos —rió Edd, acomodándose al lado de Madero, en el coche.

Cuando el «Cadillac» se detuvo ante la marquesina del Hotel Nacional, el policía venezolano abrió la portezuela. Se estrecharon efusivamente las manos y luego dijo como despedida:

—Opino que debería aprovechar su última noche en Caracas para despedirse de la hermosa Lola. Es una mujer que hay que tomarla a pequeñas dosis, mi amigo...

Riendo, cerró la portezuela y el coche salió de estampida.

Howard tomó el consejo al pie de la letra. Se encaminó al bar, habló y convenció. Lola estaba más hermosa que nunca.

Y aquella noche, en la intimidad de la habitación, se despidió de ella.

* * *

Dos días después, una vez presentado su informe completo y examinado éste por el capitán Chadwick, Howard recibió una llamada para que se presentase en el despacho de su jefe.

Chadwick estaba de buen humor cuando él cerró la puerta de la oficina privada de su jefe.

—Síntese, Howard. Quiero felicitarle por el modo cómo llevó este asunto. Afortunadamente, no hubo ninguna polvareda diplomática ni de ninguna clase. Únicamente, fue lamentable que no fuera posible rescatar a Miller con vida.

—Sí, señor.

—La intervención de esos malditos guerrilleros complicó todo el cuadro, por supuesto. Lo que me pregunto es si esa pareja de vengativos granujas que usted mató actuaban de acuerdo con los tres socios que siguen en San Quintín.

—Mucho me temo que eso no lo sabremos nunca, señor. Esos hombres no lo confesarán jamás aunque fuera así.

El capitán cabeceó.

—Muy bien, carpetazo. Vamos a archivar el caso. Se me ocurre que alguien debería consolar a la novia de Miller. Se afectó mucho con las noticias.

—Escuche...

—Usted lo hará, teniente. Era un buen amigo del teniente Miller. Y ahora esa muchacha se encuentra muy sola.

—No le conocía a usted bajo ese aspecto sentimental, señor.

—Creo advertir cierto tono sarcástico en su voz, teniente.

—No, señor.

—Tomará sus vacaciones cuando Norman regrese de su permiso. Eso es todo.

—Sí, señor.

Salió.

Estaba libre de servicio y abandonó el edificio policíaco. Estuvo realizando diversas gestiones, especialmente en agencias de viajes, y cuando llegó la noche se encaminó al apartamento de Vivían Doran.

Esta era una mujer de veinticinco años a lo sumo, una escultura que no tenía nada que envidiar a las que conociera en Caracas. Alta, cimbreante, de cuerpo firme y elástico, senos agresivos y caderas firmes sostenidas por el par de piernas más perfectas que él recordaba haber visto nunca.

—Hola, Edd —exclamó la joven, cerrando la puerta a sus espaldas—.

Me alegro de verte.

—Es la tercera vez que vengo a tu apartamento, pero es la primera que lo hago cumpliendo órdenes.

—¿Órdenes?

—El capitán. Me ordenó que viniera a consolarte. Confieso que el papel de niñera no me va.

Ella rió.

—No te inquietes, procuraré que no te veas obligado a ejercerlo. En realidad, puedo consolarme perfectamente yo sola.

—Eso había pensado.

—¿Te extraña que me haya afectado tan poco por la muerte de Wald?

—Bien. Digamos que yo pensé, antes de conocerte, que estarías desconsolada.

—Nuestro noviazgo no discurría por buen camino. Siempre estábamos discutiendo a causa de su desmedida afición a las mujeres...

—Esa es una enfermedad que padecemos todos los hombres, linda.

—En él era una peste, no una enfermedad. Pero no hablemos de eso. ¿Qué prefieres, *whisky*, cerveza?

—Cerveza estará bien, gracias.

Bebió cuando ella le sirvió. Pensativo, murmuró:

—Cuando él se fue de viaje... ¿Reñiste con Miller?

—Bueno, casi casi. Le dije que si emprendía ese viaje de placer, gastándose los ahorros que necesitábamos para la boda, podía olvidarse de mí definitivamente.

—Y él se largó.

—Sí.

—Ya veo... Después de todos los preparativos...

—Incluso el viaje de boda. Lo planeó con todo detalle. Pensaba que iríamos a Río de Janeiro.

—Era su sueño dorado. Incluso tenía pensado retirarse a vivir allí algún día.

—Bueno, ya está retirado definitivamente —murmuró Vivian con voz sorda.

Edd dijo:

—¿Te importará que sigamos viéndonos dentro de cierto tiempo, Vivian?

—¿Importarme? No; me encantará en todo caso. Me acostumbré a la compañía de viriles y rudos policías, así que quien deberá andar con cuidado serás tú. Pero, ¿por qué has dicho dentro de cierto tiempo?

—Porque voy a estar ausente un par de semanas quizá.

—¿De veras?

Le miró escrutadoramente, con la sospecha reflejándose en sus hermosos ojos llenos de luz.

Él no dijo nada, dedicándose a beber su cerveza.

Fue ella quien murmuró después:

—¿Piensas volver a Caracas, Edd? —su voz tembló—. ¿Ansias de venganza quizá, o dejaste a alguien importante allá?

—En absoluto. No estoy pensando en Caracas.

—¿Entonces?

El sacudió la cabeza.

—Todavía no, linda. Lo sabrás a su tiempo.

—Está bien. Los polizontes siempre andan llenos de misterios.

Alargó el cuello y él la besó suavemente en los labios.

Tras esto, recostándose en el diván, Howard murmuró:

—Nunca creí en el flechazo hasta que te conocí, Vivian, aunque no espero que a ti te haya sucedido lo mismo. Con el tiempo espero que...

—No necesito tiempo. Y si hablas por los meses de noviazgo con Wald, puedes olvidarlo. Fue una continua tormenta que no me gustaría vivir otra vez. Si no te dejaras llevar por la vanidad te diría que tú eres muy diferente a él.

Edd sonrió. Alargó la mano y la apresó por la muñeca, obligándola a sentarse a su lado.

—Haremos planes cuando vuelva de ese... de esa ausencia. Hasta entonces no quiero atarte con ninguna promesa, querida. ¿Está bien así?

—Lo que tú digas, aunque estás intrigándome cada vez más con tu misterio. ¿Adónde piensas ir?

—Secreto profesional. Deberás acostumbrarte a respetar los secretos de tu marido porque...

—Tú no eres todavía mi marido, así que no necesito respetar ningún secreto.

Riendo, él la besó de nuevo y eso despejó un poco la atmósfera, porque la muchacha olvidó sus recelos y todos los misterios que no fueran los del amor.

Apenas había vuelto a acordarse de ello cuando él se despidió.

Junto a la puerta, exclamó de pronto:

—Con tus mañas has estado esquivando mi pregunta todo el tiempo. ¿De veras vas a emprender otro viaje?

—Así es.

—Pero no a Caracas...

—No a Caracas.

—Ni a ningún otro lugar de Venezuela, por supuesto.

—Tampoco me dirijo a Venezuela.

—Eso me tranquiliza. Buenas noches, querido.

La estrechó entre sus brazos y estuvieron un largo tiempo unidos por el beso interminable.

Después, la puerta se cerró y la muchacha quedó sola, feliz y pensando

que, aparte lo trágico de las circunstancias, había salido ganando con el cambio.

Quizá no se hubiese sentido tan dichosa de haber podido adivinar que Edd Howard se disponía a emprender un largo viaje... a Río de Janeiro.

CAPITULO XI

Desde el ventanal de su habitación del hotel podía ver la impresionante imagen que coronaba el Corcovado, aureolada de luz en la noche.

En realidad, todo Río era una llama viva que danzaba y parpadeaba como un sueño de quimera.

Edd dejó vagar su melancólica mirada por el paisaje de oscuridad y de luz, y luego se recostó contra el alféizar.

Llevaba tres días en Río de Janeiro. Sentíase cansado, tanto física como moralmente.

Había recorrido la ciudad igual que un peregrino, preguntando aquí y allá. Oficinas, despachos, registros oficiales...

Un fracaso.

Notaba una especie de remordimiento por lo que estaba haciendo. De un modo o de otro, sería mejor abandonar y regresar a San Francisco. Ahora se daba cuenta de cuánto amaba a Vivian por lo intensamente que la echaba de menos.

No obstante, se enfundó la camisa holgada, que flotaba fuera de los pantalones y con la que ocultaba el revólver que llevaba al cinto. Salió del hotel y echó a andar al mismo ritmo perezoso de la gente que abarrotaba las aceras.

Entró en un cafetín, acercándose a un hombre que bebía *whisky* acodado en el mostrador.

—¿Algo de nuevo? —preguntó.

El tipo sacudió la cabeza.

—Nada —dijo.

—Está bien.

Regresó a la calle.

La escena se repitió dos o tres veces más, hasta que al fin la acostumbrada pregunta obtuvo una respuesta diferente.

—Creo que sí —dijo el bebedor de turno.

Hablaron rápidamente. Una conversación breve y concreta. Luego, volvió a salir sin haber probado una gota de alcohol y emprendió el camino de Copacabana.

La noche resultaba bochornosa y la playa más famosa del mundo estaba llena de bañistas. Sobre el mar quieto la luna extendía su largo cuchillo de

plata y a su luz hombres y mujeres se entregaban a todos los juegos igual que primitivos seres de un paraíso increíble.

Edd recorrió casi un cuarto de milla por la acera pegada a los altos edificios, hasta que vio el rótulo. Las mesitas de la terraza estaban todas ocupadas. Las sorteó, acomodándose en el interior, cerca del ventanal.

No tuvo que esperar mucho. Un hombre apareció, dio un vistazo a la terraza y esbozó un gesto de contrariedad.

En aquel momento, una pareja se levantó y el recién llegado se apresuró a ocupar aquella mesita.

Era un individuo alto, de recios hombros de luchador y cuello corto y fuerte. Llevaba el cabello muy largo y un espeso bigote coronaba sus labios.

Se arrellanó en la butaca y estiró sus largas piernas. Un camarero acudió a él, tomó el pedido y se fue.

El hombre corpulento sacó un largo cigarro del bolsillo, lo olió con placer y acto seguido le pegó fuego con extremado cuidado.

Edd le miraba desde su discreto observatorio. El hombre era muy moreno, con la piel tostada por el sol. Un magnífico ejemplar masculino.

El camarero volvió a la mesa del hombre y sirvió una pequeña tacita de café y una gran copa de coñac francés. Cobró y se disponía a alejarse cuando el cliente le detuvo con un ademán.

Una mujer se aproximaba a la mesa. Era alta, majestuosa, de formas provocativas y andares ondulantes que obligaban a los hombres a volverse con un ardiente brillo en sus ojos.

Llevaba un vestido muy corto y ajustado, dotado de un generoso escote. Edd pensó que con aquel atuendo no debía experimentar mucho calor.

La vio sentarse a la mesa y encargar algo al camarero. La pareja empezó a hablar animadamente, mientras el hombre arrancaba espesas nubes de humo aromático a su veguero.

* * *

Edd, tenso, con una creciente angustia en el corazón, se levantó.

Esperó a que el camarero acabara de servir a la mujer y se alejase antes de salir a la terraza.

Notó un inquietante vacío en el estómago. Sabía perfectamente lo que aquello podía significar.

Avanzó, sorteando los veladores, hasta detenerse frente a la pareja, pegado a la mesa. Su mano derecha estaba cubierta por el faldón colgante de la camisa floreada.

—Buenas noches, Wald —dijo con voz ronca, en inglés.

El hombre levantó la mirada chispeante de sus ojos.

Respondió en español, con evidente disgusto:

—No entiendo su idioma, gringo. Si no habla español o portugués, lárguese y déjenos en paz.

—No sabía que hablastes el portugués, muchacho. El español sí, tan bien como yo mismo —seguía expresándose en inglés, y sus ojos espiaban el menor movimiento del otro—. Lo aprendimos juntos, ¿recuerdas?

—¡Le repito que hable español! No entiendo ni una palabra de lo que está diciendo.

—Tranquilo, Wald... Usted, hermana, lárguese al infierno de aquí y no vuelva.

Esta vez sí habló en español y ella le entendió perfectamente.

Dio un respingo.

—¿Qué se ha creído ese, Miguel? ¡Échalo de aquí!

«Miguel» meneó la cabeza. Edd dijo:

—Mire, ¿sabe lo que es esto?

Ella bajó la mirada. Por el borde de la mesa vio asomar el chato y feo cañón del «Colt-Cobra» y se levantó como si acabaran de pincharla.

Su compañero gruñó:

—¡Espera, no te vayas!

—Eso es un revólver —musitó ella—. Buenas noches.

Desapareció tan rápidamente que más pareció un truco de prestidigitador que otra cosa.

Edd sonrió sin alegría alguna.

—Bueno, muchacho, deja el teatro y hablemos claramente.

El hombre se echó atrás. Sabía que por debajo de la mesa le apuntaba el mortífero revólver del 38 y suspiró.

Cuando habló lo hizo en inglés.

—Yo también tengo una pistola, Edd.

—Lo sé. Celebro que dejes de fingir.

—Desde el primer instante que te vi supe que todo era inútil. No supe valorarte en lo que vales, eso es todo.

—Tú me entrenaste, fuiste mi mejor maestro, Wald —había una profunda amargura en su voz—. ¡Condenación! ¿Por qué tuviste que hacerlo, Wald Miller?

El aludido se encogió de hombros.

—Fue una tentación demasiado fuerte. Y estaba harto de todo. Yo merecía haber ascendido hace más de un año, me lo gané a pulso y cursé los estudios. Pero nombraron a ese inútil de Chadwick por sus trapicheos políticos. Después... Pero, ¿para qué seguir? Puedes decir que soy un resentido y acertarás.

—Eras el mejor policía de cuantos he conocido, eso es lo que eras. Y de la noche a la mañana lo echaste todo por la borda. ¿Por qué, Wald, por los tres millones de la pandilla de Gaylord?

—De modo que también lo has descubierto...

—Dedución, simplemente. También me enseñaste a atar todos los cabos y no darme nunca por satisfecho con un caso hasta estar absolutamente seguro de que no quedaba ningún cabo suelto.

—Sí, yo te enseñé. ¿Y de qué va a servirte todo eso? Siempre serás un polizonte. La gente te despreciará, los periódicos pedirán tu cabeza si alguna vez fallas en tu cometido, y los sucios politicastro ocuparán los puestos que te pertenecerían a ti por tu propia valía. No es un porvenir muy brillante que digamos.

—Pero es el que me gusta. Es el que tú me enseñaste a amar.

—¡Maldita sea, no te pongas sentimental ahora!

—No es sentimentalismo, Wald.

—¿Qué es entonces?

—Las cenizas de nuestra vieja amistad. Debo detenerte, y tú sabes que lo haré.

—Te repito que tengo una pistola al alcance de la mano.

—Nunca llegarías a empuñarla. Mi 38 está apuntándote a la barriga por debajo de la mesa.

Wald Miller se echó a reír.

—Estoy seguro que jamás te atreverías a disparar contra mí a sangre fría, muchacho. Te conozco bien. Y tú solo jamás podrás detenerme.

—No estoy solo —dijo Edd con amargura—. Hay agentes brasileños apostados alrededor de esta terraza. Todos armados.

—Ya veo. Eres un imbécil, muchacho. Si hubieras hecho esto tú solo hubiésemos podido partir el dinero. Millón y medio para cada uno. Pero has tenido que estropearlo.

—Lo quiero todo, Wald.

—¿Todo? ¡Maldito sí...!

—Ese dinero debe volver a sus propietarios. Ha costado demasiada sangre para que yo me atreviese a tocar un centavo jamás.

—¡Sangre! Ahora te pones melodramático. ¿Sangre de quién, condenación? Sangre de rufianes, de forajidos... ¡Escoria!

Edd suspiró.

—Tú te colocaste a su mismo nivel, amigo. ¿Quieres entregarme tu revólver ahora?

—No.

Howard sintió un escalofrío. Si Miller decidía luchar sabía que no podría matarlo. El afecto de años y años de servicio juntos, de sacrificios y renunciaciones juntos, todo estaba allí, personificado por aquel hombre que se había dejado vencer por la tentación del dinero fácil.

—Te matarán, Wald —susurró—. Esos hombres son hábiles con las pistolas.

—Yo también, y tú lo sabes. No me entregaré sin lucha.

—¿Y expondrás a la gente que nos rodea solo por tu maldito orgullo? Las balas no respetan a nadie, pueden morir mujeres inocentes...

—No pretendas ablandarme, muchacho. Jamás me entregaré vivo.

—Muy bien.

—Espera.

—¿Qué quieres?

—Me gustaría saber cómo diste conmigo.

—Una corazonada. Tú me enseñaste a hacer caso de esos impulsos. Pero realmente, comencé a desconfiar ante la acumulación de pistas que dejaste a tu paso. Eran capaces de confundir a cualquiera. Me confundieron a mí. El coche acribillado, tu propia sangre, la metralleta... A propósito, ¿de dónde la sacaste?

—Se la compré a Hal Ridge.

Edd dio un respingo.

—¿Y le mataste por eso? Le asesinaste solo para que no...

—Yo estaba lanzado. ¿Crees que podía hacer otra cosa? Después de todo, Hal no era más que un sucio traficante de muerte. Le llegó su turno.

—¡Y también le llegó su turno a Gaylord, en la cárcel! Le ahorcaste tú. ¡Tú, maldito seas! Pero solo después que le arrancaste el secreto de los tres millones, el lugar donde los habían ocultado.

—Otra basura.

—¡Era un ser humano, Wald!

—Tonterías. Espero que no pienses así cuando te encuentres ante la pistola de un atracador dispuesto a volarte las tripas.

—Demasiada sangre, Wald —repitió Edd con voz ronca—. No te importó matar para conseguir tus fines. Y la presencia en Caracas de Otis Bray y su amante acabó de facilitar tu plan, embrollando más toda la maraña de pistas que tú habías acumulado para que anidásemos locos hasta el final, dándote por muerto a manos de los terroristas.

—Era un buen plan.

—¿Dónde está el dinero, Wald?

—En una caja de seguridad del Banco de la nación.

—Aquí...

—En Río, naturalmente. Siempre soñé con retirarme a vivir en este paraíso, con dinero suficiente para ello. Mujeres, buen clima, sol, una buena casa... Y todo va a hundirse solo porque tu maldito cerebro recordó que esa era mi ambición.

—Influyeron otros factores, pero ese ayudó.

El policía renegado y asesino suspiró:

—Muy bien, lárgate, Edd, y diles a esos desgraciados que vengan a

detenerme si tienen agallas para hacerlo. De cualquier modo, sentiría tener que matarte.

—No creo que pudieras hacerlo, como yo no podría matarte a ti, Wald.

—¿Hablas en serio, no te atreverías a agujerearme las tripas?

Edd sacudió la cabeza. La angustia y una inmensa pena le atenazaban.

—No. Es imposible olvidar en unos minutos todo lo bueno que aprendí gracias a ti, Wald. Aunque, después de todo, creo que es mejor así.

—¿A qué te refieres?

—Nada de procesos. ¿Es eso lo que estás pensando también?

Miller esbozó una fría sonrisa.

—Justamente, compañero, justamente.

Su mano desapareció bajo la camisa. Edd sintió un repentino tirón en todos sus nervios.

—No lo hagas. Te expones a matar a gente inocente. Esos mismos policías brasileños. No tienes derecho a quitarle la vida a ninguno porque estén cumpliendo con su deber.

—¡Vete al infierno! Voy a luchar caiga quien caiga. Edd calló, terriblemente angustiado.

Oyó a su alrededor las voces de las muchachas, sus risas alegres y el exótico parloteo de la gente.

Muchos de ellos y ellas podían morir.

¡Iban a morir!

Sólo porque aquel loco se disponía a entablar una batalla suicida antes de entregarse.

Aquel loco... era también un hombre.

El hombre que, paradójicamente, había hecho otro hombre de él mismo.

—No muevas esa mano, Wald —murmuró con el corazón latiéndole como una máquina de vapor.

Miller se rió.

Edd empezó a levantarse despacio. El revólver apareció por encima de la mesa, grueso, barrigudo, amenazador.

—Levántate, Wald... Y separa las manos del cuerpo.

—Te dije que no me cazarán vivo.

Se miraron fijamente, en un mudo y letal desafío.

Por el rabillo del ojo, Edd vio aproximarse a algunos policías de paisano de los que estaban apostados en los alrededores. Todo iba a estallar en un segundo. Hombres y mujeres acribillados tal vez. Y sangre ensuciándolo todo y rompiendo el embrujo de esa noche caliente y tropical.

—Lo siento, Wald. De veras lo siento.

—Lárgate y deja que ellos y yo hagamos nuestro trabajo.

Con un movimiento rápido, su mano surgió armada con una pesada

automática.

Alguien gritó en alguna parte. Los agentes iban a disparar, y también Miller.

El 38 de Edd Howard rugió una sola vez. Fue un estampido bronco semejante al de un trueno, que sembró el pánico en toda la terraza.

Miller se estremeció a pesar de su enorme fortaleza. La mano que empuñaba la pistola descendió poco a poco y sus piernas empezaron a doblarse, mientras una roseta de sangre iba ensanchándose sobre su camisa, justo sobre el corazón.

Pareció sonreír cuando cayó de rodillas, apoyado en la mesa.

—Sabía que... que lo harías... chico...

La sangre llenó su boca y trató de librarse de ella. Edd enfundó el revólver y de un brinco estuvo a su lado, gritando como un loco:

—¡Tú me obligaste, Wald, maldito seas! ¿Entiendes? ¡Me obligaste a hacerlo...!

El moribundo se aferró a la mesa. Sus dedos eran como garfios.

—Seguro... —jadeó, la sangre desbordándose de sus labios como un torrente—. Lo hice... No quería que... que otro... lo hiciera... Eres un... un buen po... policía, chico...

—¡Condenado loco! Tú...

La cabeza de Wald Miller rodó a un lado, golpeó la superficie de la mesa y sus dedos se aflojaron. Antes que cayera al suelo. Edd le sostuvo, levantándolo para sentarlo en una silla.

Cuando lo consiguió, Miller había muerto.

Los agentes de paisano tuvieron que luchar a brazo partido para dominar el histerismo de la gente, pero finalmente lograron restablecer la calma.

Uno de ellos, posando su mano sobre el hombro de Edd, murmuró:

—Fue mejor así. Se evitaron muchas víctimas.

—Sí... Océpese de todo, ¿quiere?

Dio media vuelta y se abrió paso entre la gente. Se sintió viejo de mil años mientras se alejaba por la hermosa acera.

En la esquina, dos muchachas que seguían acurrucadas junto a la pared, le vieron pasar y le miraron con ojos desorbitados.

Nunca llegaron a comprender por qué un hombre tan bravo como aquel lloraba al hundirse, solo, en la perfumada noche de Copacabana.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España